MANUEL LINARES RIVAS

FLOR DE LOS PAZOS

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA, ORIGINAL



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle de Núñez de Balboa, 12

1912

FLOR DE LOS PAZOS

Flor de los Pazos

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MANUEL LINARES RIVAS

Estrenada en el TEATRO DE LARA
la noche del 13 de Abril de 1912.



MADRID
Imprenta y Fotograbado de "Nuevo Mundo,,
Calle de Larra, núm. 8

1912



PEREGRINA (Sra. Bárcena) y JACOBO (Sr. Muñoz)
ESCENA XIII DEL ACTO SEGUNDO



EL ABAD DE TARRADE (Sr. Palanca)

FLOR DE LOS PAZOS

Acto primero.—Escena i



Acto segundo.—Escena iv



PEREGRINA (Sra. Bárcena) y AMARO (Sr. Vargas)
ESCENA XI DEL ACTO SEGUNDO

A D.ª Josefina Fariña de Astray

Con todo el afecto y con toda la buena voluntad de

Manolo Linares Rivas.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PEREGRINA (30 años)..	Sra. Bárcenas.
PASTORIZA (45 ídem)..	„ Pino.
MANUELA.	„ Pardo.
MARUJA.	„ Monero.
ROSENDO DE LA TARROEIRA (55 bien llevados).	Sr. Romea.
JACOBO, hijo suyo, (30 ídem).	„ Muñoz.
BERNARDINO FUNGUEIRO (60 ídem). .	„ Mora.
EL ABAD DE TARRADE (60 fuertes).. .	„ Palanca.
DON ROMUALDITO (35 ídem).	„ Barraycoa.
AMARO (30 ídem).	„ Vargas.
TONO (28 ídem)..	„ Manrique.
EL ROMERO.	„ Mora.
JOSE (50 ídem).	„ P. Indarte.

Mozos y mozas.—La acción en Galicia, en la montaña de Santiago.

(Se ruega muy encarecidamente no dar acento teatral, pronunciando con naturalidad, fijándose tan solo en los modismos y palabras propias del decir aldeano, pues de ellos y del ambiente resultará la impresión que intento conseguir).

Los trajes serán los de uso corriente en el campo, pues no es de rigor que se ajusten al vestir clásico, aunque en lo posible mejor sería.

Epoca actual: derecha é izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

Una sala, con el aspecto entre sala y zaguán, en un piso bajo del Pazo de la Tarroeira. A foro izquierda, una gran chimenea de piedra: la campana, sostenida por dos columnas, tiene, en piedra también, el escudo señorial. A foro centro, el portón; á foro derecha, una ventana apaisada, con reja recta. El portón y la ventana están abiertos, penetrando por ellos la luz de una mañana de Septiembre á mediodía. Entre la chimenea y el portón, en una repisa adosada á la pared, una virgen de talla, y á sus pies, en un vaso, una luz de aceite encendida. Las paredes, marqueteadas de piedra, con cuadros antiguos, trofeos de caza, armas, etc. Muebles antiguos. Puertas laterales. Forillo, campo con toda la extensión posible.

ESCENA PRIMERA

PEREGRINA, cubriendo con ramas de flores unas cestillas de frutas. MANUELA y MARUJA ayudándola. DON ROMUALDITO, de levita corta, alzacuello y cadena de oro del reloj, paseando con un libro en la mano.

PEREG. — Llevad estas cestillas á donde están las otras, y las presentaréis cuando llegue el momento, para que Jacobo, el hijo del amo, pruebe las muestras de todos los frutos que dan las tierras de este señorío de la Tarroeira.

MANUELA — No querrá gustarlas.

PEREG. — Con obedecer cumplimos. ¡Ligeras, ligeras!... (Mutis por izquierda Manuela y Maruja.)

ESCENA II

PEREGRINA y DON ROMUALDO; el ABAD, por foro, vestido igual que DON ROMUALDITO, sombrero ancho flexible, escopeta y una liebre á la cintura.

ABAD — ¿Llego á tiempo, Peregrina?

PEREG. — Siempre, señor Abade.

ROMUAL. Felices, señor Abad de Tárrade.
ABAD Hola, cura.
PEREG. ¿Viene de caza?
ABAD No. Una liebre que se atravesó en mi viaje y la he matado... por matar algo.
PEREG. ¿Quiere refrescar?...
ABAD Sí, refrescaremos, que traigo dos leguas á pie: dame unas magritas y un dedito de vino. Cuestión de sostenerse nada más, hasta el almuerzo.
ROMUAL. ¿Nada más?...

ESCENA III

DICHOS: MANUELA y MARUJA, por la izquierda.

PEREG. Echa una mano, Manuela.
ABAD ¿Para qué estoy yo aquí?
PEREG. No se moleste...
ABAD ¡Bah, bah!... (Entre Peregrina y el Abad se llevan la mesa por la derecha. Muruja recoge unas ramas caídas y mutis siguiéndoles.)

ESCENA IV

MANUELA y DON ROMUALDITO

ROMUAL. (Sonriendo; por el Abad.) Sirve para todo...
MANUELA Estando él no hay que llamar á nadie. Cristal que se rompa, cañería que se atranque, chimenea que no tire, ya está él arreglándolo, que es muy dispuesto... ¡Hay que oirle al ama lo dispuesto que es!... ¡Y además es mucho hombre de bien este señor Abade! No le tiene orgullo ninguno; á bondadoso no se le pone nadie delante, que todo lo suyo es de los pobres; y de sermoneador no hay otro. Dice unas cosas que siempre hacen llorar... ¡Da mucho gusto oirle! Y sabe de médico y de hortelano y de cazador... de todo. (Interrumpiéndose.) ¿Y á usted qué le pasa, señor Capellán? ¿No puede atrapar esos latines?...

ROMUAL. No...
MANUELA ¿Tan condenados son?...
ROMUAL. Mujer, condenados no es buena expresión.
MANUELA ¿Y para qué los busca?... ¿Por qué no habla siempre en castellano, que se le entiende mejor?
ROMUAL. ¿Por qué no llevas tú siempre las ropas de diario, que vas más suelta y más cómoda?... ¿Para engalanarte?...
MANUELA Un poco no sobra...
ROMUAL. Pues así yo, cuando la ocasión lo requiere, saco mi latín, que es mi lujo: como si dijéramos, mi ropa de cristianar.
MANUELA ¿Y qué adelanta si no le comprenden?
ROMUAL. Dios lo oye.
MANUELA También le oiría en romance. Para El, igual, y para nosotros más claro.
ROMUAL. Tú no eres la llamada á juzgarlo, que no pasas de ser una humilde sirviente, una asalariada...
MANUELA No empiece á motes, señor capellán, que yo soy una mujer muy decente.
ROMUAL. Esto no es ofensivo: significa que prestas servicios mediante una retribución, una soldada...
MANUELA Lo mismo que usted.
ROMUAL. Distingo...
MANUELA Ay, distinga todo lo que quiera, pero tanto le pagan á usted como á mí.
ROMUAL. Lo mío es una labor espiritual.
MANUELA Que la cobra en pesetas.
ROMUAL. ¡Manuela!
MANUELA Mire, siga con los latines, que más provecho le harán, y no venga con diferencias de imaginación, que no se le ven muy claras. ¡Vaya! (Mutis Manuela por derecha.)

ESCENA V

ROMUALDITO; ROSENDO, por izquierda

ROSENDO ¿Qué hace, don Romualdito?
ROMUAL. Nada.

ROSENDO Pues tenga la bondad de llegarse al horno, que aún no trajeron las empanadas.

ROMUAL. Con mucho gusto. Ahí está el señor Abad de Tárrade.

ROSENDO ¿Duerme?

ROMUAL. No.

ROSENDO ¿Come?

ROMUAL. Sí.

ROSENDO Pues dejémosle, que está en su elemento, y después dormirá.

ROMUAL. Es un santo varón, aunque tal vez tenga el genio un poco vivo.

ROSENDO Reminiscencias de sus campañas por la buena causa. A su rey lo defendió á tiros y hoy catequiza á las almas á cachetes.

ROMUAL. ¡Pero al cielo va!

ROSENDO Seguramente. Y como allí le pongan alguna dificultad, entra á puñetazos.

ROMUAL. Es muy posible. Sin ese carácter vivo sería perfecto. Ahí viene.

ESCENA VI

DICHOS: ABAD por derecha.

ABAD (Abrazándole.) ¿Hay albricias, mi señor don Rosendo de Tarroeira?

ROSENDO Haylas, señor Abad, y de las grandes.

ABAD ¿Entre doce y media y una?...

ROSENDO Por el andar de la yegua, eso calculo.

ABAD ¡Ya era hora de que el hijo volviera á la casa!

ROSENDO ¡Once años, abad!

ABAD ¿Once años, don Endo...?

ROSENDO Cuando uno mira hacia adelante, parecen eternos: pasados son un soplo... Mi Jacobo marchó porque le tardaba el momento de gobernarse á sí mismo y no había espacio aquí para su actividad de mozo... A su madre y mí nos ha costado muchas lágrimas la ausencia, y la pobre murió sin volverle á ver.

ROMUAL. Para dos años va...

ROSENDO Como era el único hijo, al hallarme solo

en este caserón, creí que se me caían encima las paredes. ¡Pero no se caen!... Con igual indiferencia cobijan á muchos ó á pocos...

ABAD Déjese de eso. El hijo está ahí ya, que es lo importante: ahora á recibirle.

ROSENDO ¡Con los brazos abiertos! Y para mayor alegría vuelve sano y fuerte y hasta con un poco de dinero.

ABAD No hacía falta.

ROSENDO No. Sin embargo, mi amor ó mi egoísmo, prefiere que vuelva con él, y no que vuelva por él. Así creo más cuando me dice que no le trae si no el afán de verme y el natural deseo de cuidar nuestra hacienda, pues él mismo considera que sería un crímen el exponerse á que se desmoronara la casa por fatarle su legítimo sostén.

ABAD Muy bien pensado.

ROMUAL. Sí, señor. Ahora que, precisamente por llegar el Jacobo, estimo yo que ha llegado también el caso de tomar alguna determinación en el otro asunto.

ROSENDO (Riendo.) ¿En el de Peregrina?...

ROMUAL. Sí, señor. Dicho sea con todos los respetos...

ABAD ¿Qué ocurre?...

ROSENDO Don Romualdito dice que la Peregrina, mi ahijada, es muy guapa.

ABAD Como no tenga otro defecto, ese ya se le puede aguantar.

ROSENDO Dice que es joven...

ABAD Dispénsele usted eso también.

ROSENDO Dice que es muy simpática, muy afectuosa, y que nos tiene dominados á todos á fuerza de bondad y de cariño...

ABAD ¡Caramba, caramba, cómo se van acumulando las contrariedades!

ROSENDO Dice que viene Jacobo...

ROMUAL. Y es una temeridad que vivan bajo el mismo techo.

ROSENDO Esta no es cuestión de techo.

ROMUAL. ¿No?...

ROSENDO No: de tabiques. Y don Romualdito propone que yo estudie el modo de alejarla...

ABAD ¿Y á dónde va á ir?... ¡Porque ella no tiene á nadie en el mundo!

ROMUAL. A un convento...

ABAD ¿A un convento sin vocación?... No, porra, no; ni por ella ni por el convento.

ROMUAL. (Escandalizado) ¡Señor Abad!

ABAD Perdone.

ROSENDO Y además de ese peligro, don Romualdito teme que el día de mañana mi afecto por esa Peregrina, que ha crecido aquí, perjudique los intereses de Jacobo.

ABAD Y aunque los perjudicara en algo, ¿qué? ¿No hay de sobra para los dos?

ROMUAL. Sí, señor...

ABAD ¿Pues entonces qué porra le va usted á contar á don Rosendo?

ROMUAL. (Cada vez más espantado.) ¡Señor Abad...!

ABAD Perdone. Pero es que á mí me queman las injusticias, por... (Llevándose la mano á la boca para no soltar la palabreja otra vez.)

ROMUAL. (Tímidamente.) Usted no ignora que el Código civil...

ABAD (Tremebundo.) ¡Lo ignoro! Y el Código civil, y el Penal, y las Pandectas y la Novísima Recopilación... ¿quiere usted más Códigos?

ROMUAL. (Aterrorizado.) No, señor...

ABAD Y una estantería de libros encima, y el diablo por copete, y aún por encima veo yo la injusticia de lo que usted se propone.

ROMUAL. No se incomode, no se incomode...

ROSENDO No hablemos de eso. Peregrina sigue en mi casa.

ROMUAL. Bien, bien. Entonces, voy á lo de las empanadas.

ROSENDO Vaya.

ABAD (Abrazándole afectuoso, pero brusco.) ¿Y dispense, eh?

ROMUAL. (Azorado.) Sí, señor; sí, señor... (Mutis Romualdito por foro.)

ROSENDO Algo de razón tiene, sobre todo en su primera advertencia.

ABAD No lo niego, pero contra eso ya lo sabe usted. Tabiques, don Rosendo, tabiques.

ESCENA VII

ROSENDO, ABAD, PEREGRINA, por derecha.

PEREG. Cuando guste, señor Abade.
ABAD Voy á refrescar. ¿Quiere?
ROSENDO Que aproveche.
ABAD ¡Te va bien el traje de fiesta!... (Volviendo al lado de Rosendo, al oido.) ¡Y cerrojos!
ROSENDO (Riendo.) Bueno.
PEREG. ¿Qué le dijo?...
ABAD Que peores que tú ya las hay por el mundo. (Mutis por derecha.)
PEREG. No fué mucho favor...

ESCENA VIII

PEREGRINA y ROSENDO

ROSENDO ¿Arreglásteis todo?
PEREG. Todo está en orden ya, don Endo. Lo viejo se ha remozado y lo mozo resplandece: la plata brilla como luna y el oro como sol.
ROSENDO ¿Y mi encargo principal? ¿Sacásteis los vestidos?...
PEREG. De madrugada, y aunque estuvieron al aire toda la mañana, conservan aún el aroma de los membrillos olorosos. La seda y el terciopelo huelen á limpios y á bien cuidados.
ROSENDO ¿Y las alhajas?
PEREG. En los estuches; y los estuches en el cofrecito.
ROSENDO Bien. Al pisar mi Jacobo el umbral de los Pazos de la Tarroeira yo le recibiré amoroso, y cuanto fué de su pobre madre, de su madre le hablaré en el instante mismo de llegar.
PEREG. Va á entristecerse el hijo, don Endo...
ROSENDO Bien hará, que por su madre es. Y pasada esa nube, mi voluntad dispone que la casa le acoja con júbilo. Díles á todos que en

señal de regocijo hoy cobrarán una soldada más.

PEREG. De todos recibe ya las gracias por mi boca.

ROSENDO Tú, Peregrina, le darás cuenta al Jacobo de lo que guardamos en hórreos y bodegas.

PEREG. Darésela cabal, don Endo.

ROSENDO Otras mozas de mi servicio le presentarán ese cofre y las llaves de los armarios, para que á su disposición queden. Amaro justificará las rentas de estos años de ausente; mis caseros y colonos le reconocerán como á su amo, al igual mío y por mitad conmigo. Y después de agasajarle, hombres y bestias holgarán en su labor, que de fiesta y descanso ha de ser el día que vuelva mi Jacobo.

PEREG. ¿Y cómo vuelve de la América?

ROSENDO Embarcado.

PEREG. Eso ya lo sé. Pregunto si viene solo...

ROSENDO No, con otros viajeros...

PEREG. ¡No quiere entenderme, don Endo! Digo si casó ó no casó allá.

ROSENDO ¿Y á tí qué te importa?... No empieces á llenarte la cabeza de humo, que el Jacobo no ha de ser para tí.

PEREG. Tampoco será para mí la santa Iglesia catedral y más me gusta que pase por la mejor del mundo.

ROSENDO Y aquellas bobadas que hubo entre vosotros, cuando los dos eráis unos chiquillos, en bobadas se quedaron.

PEREG. Naturalmente. ¿Quién piensa en eso?... Pero decir aún no me dijo de qué viene, padriniño.

ROSENDO Anda, anda á tu faena.

PEREG. ¡Deje, que ya se caerá cuando me pregunte alguna cosa! Y sabiendo que no contesta por las buenas, de hoy en adelante le he de pedir como el pobre aquel del Puente San Payo, que pedía siempre con la mano izquierda y siempre le daban limosna.

ROSENDO ¿Y por qué no con la derecha?

PEREG. Porque en la derecha tenía un cuchillo.
ROSENDO ¿Y á cuchilladas?...
PEREG. No, señor, no pegaba, ni amenazaba siquiera, pero la gente, á las veces, entiende muy pronto.
ROSENDO Anda á tu trabajo.
PEREG. Me voy muy enfadada.
ROSENDO (Riendo.) ¿Sí?
PEREG. Sí. ¿No me da un beso, padrino?
ROSENDO (Riendo.) No.
PEREG. Quedo con las ganas, pero ya me lo cobraré. (Mutis por derecha.)
ROSENDO ¿Y me proponen que abandone á esta criatura?... ¡Qué injustos son los hombres cuando quieren hablar en nombre de la justicia!...

ESCENA IX

ROSENDO; ROMUALDITO, por foro.

ROMUAL. En seguida traerán las empanadas: yo mismo las he visto. ¿Podría atenderme ahora un minuto?... *Dixitque Dominus.*
ROSENDO ¡Pero don Romualdito, si sabe usted que no le entiendo!
ROMUAL. Así lo escuchará sin prejuicios. Lo que recabo de su amabilidad es que me diga si llega al oído la armonía de las frases.
ROSENDO Hable, pues...
ROMUAL. *Dixitque Dominus...*

ESCENA X

DICHOS: el ROMERO, por foro.

ROMERO Ave María.
ROMUAL. *Gratia plena...*
ROMERO La paz sea en esta casa.
ROSENDO Y contigo.
ROMERO De Roma vengo; á Compostela voy. ¿No tendrán una caridad para el Romero?...
ROSENDO Franca está la puerta. Acompáñele, don

Romualdito. Que coma hasta saciar el hambre y que beba de mi vino del Rivero lo que tenga en sed. Vaya con el señor Capellán, hermano.

ROMERO Que San Bruno te devuelva ciento por uno; que el Apóstol Santiago, el Mayor, te libre de tus enemigos, moros ó cristianos, y que Dios Nuestro Señor, que peregrinó hasta el calvario, en tu calvario de hombre te ayude á llevar tu cruz, y á todos la nuestra.

ROSENDO Amén.

ROMUAL. Venga.

ROMERO A donde disponga. (Mutis Romero y Romualdito por derecha.)

ESCENA XI

ROSENDO, AMARO y TONO, por foro.

AMARO ¿Hay licencia?... ¿Pasa este?...

ROSENDO Pasa, Tono.

TONO Felices, señor mi amo. Hay dos corderetes más, que nacieron con el día.

ROSENDO ¿Blancos?

TONO ¡Blancos los dos!

ROSENDO Buen presagio.

AMARO Ya le dije yo á éste que era de buena señal.

ROSENDO ¿Y tú no te ahogas con la capa?

TONO Si, señor, que ahoga, pero no iba á faltar al respeto debido á los señores viniendo sin la capa en ocasión de tanto repique.

ROSENDO Se agradece.

TONO ¿Y sabe ya mi señor don Endo que en la casa hay otros marranos?

ROSENDO (Sonriente.) Lo siento.

TONO (Intranquilo.) ¡Cá!...

AMARO Dice, con perdón de la cara de usted, que la marrana lucera tuvo siete esta noche.

ROSENDO Me alegro.

TONO (Riendo.) ¡Ya decía yo! ¡Dios mira mucho por estos Pazos de la Torroeira!

ROSENDO Que dure..

TONO ¡Vaya si durará!

ROSENDO Deja la capa allá dentro, que ya cumpliste.

TONO Porque lo manda. (Mutis Tono por derecha.)

ESCENA XII

ROSENDO y AMARO

ROSENDO Oye, Amaro. Dí que echen unos cepos en la chimenea, por si viene con frío el Jacobo.

AMARO Mire antes las cuentas.

ROSENDO En tí fío, que á honrado no te ganan.

AMARO Mejor es que se repasen, y la verdad con todos.

ROSENDO Bueno.

ESCENA XIII

DICHOS: ROMUALDITO, por derecha.

ROMUAL. (Gozoso.) ¡Don Rosendo! ¡Encontré ya lo apropiado! Escuche usted... (Leyendo.) *Benedictus, Jacobus. Dixitque Pater tuus: jam lœtus moriar, quia videm faciem tuam et superstitem te relinquo.*

ROSENDO Perfectamente.

ROMUAL. (Encantado) Suena, ¿eh?...

ROSENDO Suena: ¿pero á qué?...

ROMUAL. Es la salutación de Jacob á Joseph. Un caso semejante al de hoy, y yo digo: «Bendito seas, Jacobo». En lugar de Joseph, Jacobus. Y luego, hablando por usted, añado: «Y el Padre le dijo: *jam letus moriar,* ya moriré tranquilo, *quiá videm facem tuam* porque te vuelvo á ver, *et superstistem te relinquo,* y te dejo con vida». ¿Eh?...

AMARO Está bastante bien metido eso en el día presente.

ROSENDO Cierto, y se lo estimo muy de veras. Ven, Amaro... ó si no, don Romualdito, repáseme esas cuentas, ¿quiere?...

ROMUAL. Con mucho gusto. (Vase con Amaro hacia izquierda.)

ESCENA XIV

DICHOS: MARUJA, por derecha.

MARUJA Ay, señor, que no le corre la llave del armario para sacar los manteles.
ROSENDO ¿Qué le pasa?
MARUJA No sé qué le pasa.
ROSENDO ¿Quiere mirarlo, don Romualdito?
ROMUAL. Con mucho gusto. (Deja al Amaro y vase por derecha con Maruja.)
ROSENDO Tarda ya...
AMARO Es todo montaña para arriba y la yegua anda perezosa con el aquel de lo que va á tener... pero es la caballería más segura, y por eso la mandé.
ROSENDO Hiciste bien.

ESCENA XV

DICHOS: MANUELA, por derecha. Luego TONO, por derecha.

MANUELA Voy á dar el último sorbito de aceite á esta lámpara. (Coge una silla y se sube.)
ROSENDO ¿Pusiste vigía?
AMARO Antoñuelo está: en cuanto los atisbe, avisa, y tenemos diez minutos lo menos.
ROSENDO Pero tarda, tarda... (Mutis por foro Rosendo y Amaro. Tono entra y se ríe. Manuela baja á escape de la silla.)
MANUELA (Algo amoscada.) Bueno días, tú.
TONO Buenas... pantorrillas, mujer.
MANUELA ¡Mentira!
TONO De una te respondo, y la otra me la figuro. (Vuelve á reir.)
MANUELA ¿Qué sucede ahora?
TONO ¿A que no sabes de qué me río?
MANUELA De una bobada.
TONO De dos. Una que podía yo hacer y otra que podías tú dejar que yo la hiciera.
MANUELA Cuidadito, ¡eh! que á mí no me gustan ciertas chanzas.
TONO ¡Si no son de esas!

MANUELA ¿No?... Sigue á ver.
TONO ¡Qué preciosa eres, Manuela!...
MANUELA No abultes...
TONO ¡Así Dios me salve!
MANUELA (Abajando los ojos.) No quiero...
TONO Mira que si me dejaras robarte un beso...
MANUELA No.
TONO Había de quedar muy obligado.
MANUELA No quiero...
TONO Ya lo sé. (Abrazándola.) Pero como no es más que uno, de los pequeñitos, y por el bien de un alma que lo necesita muy de veras...
MANUELA (Inmóvil.) No quiero...
TONO Anda, mujer, que casi es limosna. ¿Lo robo?
MANUELA No lo hagas, que me enfadaré mucho después.
TONO ¡Después!
MANUELA ¡Sí!
TONO ¡Entonces!... (La abraza mejor y ella dá media vuelta, suponiéndose que la besa al estar de espaldas al público.)
MANUELA (Incomodada.) ¡Me engañaste! Fueron dos.
TONO Es que el primero no salió bien.
MANUELA Por que yo no quería.
TONO Ya lo sé.
MANUELA Y no vuelvas á intentarlo porque otra vez no lo consigues. ¡Ay, lo que es otra vez, no!
TONO Oye muy seria. ¿Voy á tunar el sábado á tu puerta?
MANUELA ¿De novios?...
TONO De novios.
MANUELA Yo no sé si te gusto...
TONO ¿Y eso no está á la vista, mujer?
MANUELA Bueno; vé á las diez. ¡Y muy formal!
TONO (Abrazándola.) Muy formal. Qué rico me lo supo, riquiña...
MANUELA (Inmóvil.) No quiero, no quiero...

ESCENA XVI

DICHOS: ABAD Y DON ROMUALDITO, por derecha.

ROMUAL. ¡No pase, no pase!
MANUELA (Escapándose por izquierda.) ¡Ay!... (Tono sale por foro, más despacio.)
ABAD ¿Qué ocurre?
ROMUAL. He visto abrazarla...
ABAD Pues déjeme que lo vea yo también.
ROMUAL. ¡Qué horrible pecado!
ABAD Eso no es horrible.
ROMUAL. ¿No?
ABAD ¡Ni pecado!
ROMUAL. ¿Cómo que no?
ABAD ¡Como que no, porra!
ROMUAL. Señor Abad, es imposible que el pensamiento de usted sea ese...
ABAD ¿Por qué?
ROMUAL. Sería un desatino...
ABAD ¿Y por qué no es posible que diga yo un desatino?
ROMUAL. Porque... dado el buen juicio de usted... uh... uh... *quiá clarisimus intelectus*...
ABAD ¡En castellano, Cura, en castellano!

ESCENA XVII

DICHOS: AMARO, por foro.

ROMUAL. ¿Y don Rosendo?
AMARO En el mirador de la huerta, acechando si llega el hijo...
ABAD Está impaciente. Es natural... (Mutis por foro Abad y Romualdito.)

ESCENA XVIII

AMARO, PEREGRINA, por derecha.

PEREG. ¡Qué majo te pintas hoy, Amaro.
AMARO ¡De tí no hay qué decir! Y no es menester

que te emperejiles con lo bueno, que te caen bien todas las ropas, y hasta sin ellas puede que...

PEREG. ¿Qué?... (Seria.)

AMARO ¡Se te ha colorado la cara!

PEREG. ¡Claro!

AMARO Rojo, Peregrina, rojo, que es color de flores del campo y de mozas con juventud.

PEREG. ¡No disparates!

AMARO Si no te hubieras tornado en tan señorona, algún pobre te diría cosas como los ricos, y más ricas que las suyas. Pero tienes maestro para tí sola y aprendes muchos humos.

PEREG. ¿Y total qué sé?... Cuentas y una miaja de Geografía y de Historia.

AMARO ¡Mira que saberes para una mujer! ¿No te bastaba la costura y el planchado y el arreglo de una casa... y el oir que eres guapa?...

PEREG. Eso no es ciencia.

AMARO Pregúntaselo á las feas; pero como tú no lo eres...

PEREG. Porque tú no te fijas.

AMARO ¡Fijo, fijo! Lo que te dejas ver, me lo sé de memoria, y lo demás anda por la imaginación muy abultado. Mucho te quiero...

PEREG. Y yo no.

AMARO Eso repites, pero á veces...

PEREG. ¡Manos quietas!

AMARO Es vicio del país.

PEREG. ¡Más que sea! Y si te da comezón, átalas.

AMARO ¡No aguantas una broma, mujer!

PEREG. ¿Y á qué llamas tú serio entonces, si el tocar no lo es?

AMARO Bien te pedí amores por la iglesia... ¿y no quieres?

PEREG. No.

AMARO ¿No?... (Tira rabioso el sombrero al suelo.)

PEREG. ¿Es el nuevo?

AMARO Es.

PEREG. Lo vas á estropear, y lo del amor no adelanta nada con eso.

AMARO (Recogiendo el sombrero.) ¡Qué soberbia eres! Tu cuerpo y tu cara, tu andar y tu estarte

quieta, toda tu persona llama á todas las voluntades de un hombre, pero tú no vas nunca á ellas, que eres tú, Peregrina, como campana de iglesia que llama á todos á la misa, y ella á misa no va nunca.

PEREG. En el querer no hay mandar, Amaro.

AMARO. ¡Das siempre con un martillo, mujer!

PEREG. (Acercándosele.) ¿Y por qué no hemos de quedar buenos amigos?

AMARO (Brusco.) No. Con amistad me prendes y con amor me despides, como si te fuera en gusto llevarme y traerme á tu capricho.

PEREG. (Afectuosa.) ¿Amiguiños, Amaro?...

AMARO No. Campana que llamas á misa y que á misa no vas tú nunca, voltea tú sola; no me voltees á mí.

PEREG. ¿No quieres?...

AMARO No. Y disimula la molestia, Peregrina. (Mutis por izquierda.)

PEREG. Para ser día tan señalado en esta casa, un poco sueltos andan los demonios: ¡mucha agua bendita les hace falta!...

ESCENA XIX

PEREGRINA, JOSE, por derecha

JOSÉ Doña Peregrina...

PEREG. Hola, José.

JOSÉ Ahí dejo un ferrado de nueces para el amo, y para todos, que también los pobres festejamos las fechas.

PEREG. Gracias.

JOSÉ Don Endo ya me las dió de palabra.

PEREG. ¿Qué noticias tienes de la Ramona?

JOSÉ Ahora muy bien: está de ama de cría en una casa muy principal de Madrid, ganando mucho.

PEREG. ¿Y la otra chica?

JOSÉ ¿La Josefa?... Buena, gracias. También está aprendiendo para eso. ¿Y usted, doña Peregrina?

PEREG. ¡Yo no!

JOSÉ ¿Que si está usted buena?

PEREG. Yo sí.

JOSÉ Es lo primero. (Mutis José por foro, después de que entró Fungueiro y le hizo un par de reverencias.)

ESCENA XX

PEREGRINA. FUNGUEIRO, por foro.

FUNG. Buenos días.

PEREG. ¿Es usted?...

FUNG. Yo soy: tu humildísimo amigo, servidor y maestro, Bernardino Fungueiro, que tus pies besa.

PEREG. No chochees, Fungueiriño.

FUNG. Son cortesías que le caen bien á los señores galanes, como mi señor don Endo, y á las mozas que llevan rumbo de señoras, como mi señora doña Peregrina.

PEREG. Yo no pasaré de moza...

FUNG. No fué tal la misión que le encomendaron á mi desmayada sabiduría, sino por el contrario, la de pulirte y adecentar tus modales, haciéndote comprender las grandezas que en este mísero barro, que llamamos cuerpo, esparce la divina esencia, que llamamos alma.

PEREG. (Sonriendo.) ¿No le será mucha esencia para mí, Fungueiro?

FUNG. No, mujer, no, que en principio y en sustancia todos somos iguales.

PEREG. ¿Iguales el que aprende y el que enseña, el que paga y el que cobra?... ¿Para qué me dice mentiras?...

FUNG. ¿Y qué te voy á decir si no? ¿Creerás tú que uno tiene verdades que contar á cualquier hora?...

PEREG. Mal enseñador hace...

FUNG. Ya digo yo que no sirvo, ya; pero como me pagan por esto y por otra cosa no, pues no hay más andadura que la de ir adelante con la enseñanza. Me consuelo con la seguridad de que al fin iremos á un mundo mejor.

PEREG. ¿Quién lo duda?

FUNG. Pero sin prisas. Yo no soy impaciente. Bueno, á la lección.

PEREG. Hoy, no.

FUNG. ¿Y siempre estamos en que no? Por una causa ó por otra no estudias nunca y yo no cumplo lo que ordenó tu padrino al decirme: «Peregrina es lista de natural, pero no tiene instrucción ninguna. A ver, Fungueiro, si la desasna un poco».

PEREG. Fué muy amable el padrino.

FUNG. En resumidas cuentas: á mí lo mismo me da, y á tí, por lo visto, no te preocupan los ríos de Europa y las islas de Oceanía.

PEREG. Para no salir jamás de la aldea...

FUNG. ¡¡Y eso que, vr. gr., el Sahara ó Gran Desierto es de una magnificencia tal, de una hermosura tan intensa!!...

PEREG. (Interrumpiéndole.) ¿Usted lo vió?...

FUNG. ¿Verlo?, no: lo dicen los Compendios.

PEREG. Con poco se alegra. Y por el entusiasmo de usted, ¡reconcho! parecía que...

FUNG. (Escandalizado.) ¡Eh, eh, eh! Reconcho no está bien, Perigriniña. Es una interjección, que recuerda otras peores, y ni ésta ni las otras debes emplearlas.

PEREG. Esta se me escapó...

FUNG. Pues ya, que siga su camino. Y respecto del énfasis con que explico las alusiones geográficas, no te fíes mucho. Tras de 27 años, dándole que le das á las mismas asignaturas, yo digo por hábito y maquinalmente lo que al principio fué un recurso oratorio para conmover á mis discípulos: «La zona tórrida, señores», y entreabro la americana para darles idea del calor. «El helado Polo, señores»... y tirito de frío para inculcarles la idea de la baja temperatura... pero comprenderás que á esta distancia no me producen frío ni calor.

PEREG. Comprendido... y váyase. Hoy llega el hijo de don Endo.

FUNG. Que llegue. Tiene treinta y tantos años... Ese no viene para la escuela.

PEREG. No.

FUNG. (Encogiéndose de hombros.) Pues...
PEREG. Y el amo nos regala á todos una soldada más.
FUNG. ¿A todos?... ¡Por fin diste con una verdadera alegría, mujer!

ESCENA XXI

DICHOS: MANUELA, por izquierda.

MANUELA Oye, tú, haz un poco de atención por aquí, no vaya á entrar la Pastoriza: quiere ver al amo para preguntarle por el su hijo, de ella.
FUNG. ¿Otro que vuelve de América?
MANUELA ¡No diga blasfemias!
FUNG. ¿Yo?...
PEREG. ¿No sabe la historia de la Pastoriza?
FUNG. La Historia Universal nada más; por eso no sé la de nadie.
PEREG. Hablan de que se le marchó el hijo á las Indias, por amores que le contrariaba la madre.
FUNG. Uno de tantos emigrantes. Caso vulgar.
PEREG. Pasaron seis años sin noticias, y un día recibió carta del hijo anunciando que embarcaba en el *Oropesa,* de vuelta á España. En alta mar le dieron unas fiebres, murió, y con un saco, y más una piedra, lo echaron al agua.
FUNG. Es lo que debe hacerse: artículo 87 de la ley del 70.
PEREG. Y cuando en el muelle aguardaba la madre al hijo, y en vez del hijo le dieron un papelito...
FUNG. El certificado. Artículo 55 y siguientes.
PEREG. Con la pena y el espanto se volvió loca. (Pausa.) ¿No hay artículo para eso, señor Fungueiro?
FUNG. (Con el gesto más que con la voz.) No, no...
PEREG. Pero como lo malo aún puede ser bueno si Dios lo dispone, al perder el juicio se le borró la memoria desde el momento en que recibiera la carta. Sabe que el su

hijo, el Gaspar, ha embarcado; sabe que llega; y ya no sabe más... Y anda por ahí la infeliz, alegre y contenta, aguardando siempre á quien no ha de llegar nunca, y para enterarse bien á todo el mundo va preguntando: «¿cuándo viene el *Oropesa*, sabe»?... «Porque llega mi hijo, ¿sabe»?...

FUNG. (Desconcertado.) Caramba, caramba...

PEREG. Y no es más que eso la historia de la Pastoriza. Con su permiso, Fungueriño. (Y mutis Peregrina por derecha.)

FUNG. Caramba, caramba....

ESCENA XXII

DICHOS: menos PEREGRINA.

MANUELA Y aquí le echaron pronto por firme la desgracia, que el víspera de irse á la Coruña ladró un perro toda la noche junto á su puerta, y eso le es muerte de ausente.

FUNG. ¡Bah, bah!...

MANUELA ¿No lo cree?...

FUNG. Parlerías de comadres.

MANUELA ¡Ay, qué hereje! ¿Y no vió nunca la campaña?

FUNG. ¿Con los muertos, en procesión de muertos?... Nunca, ni tú tampoco.

MANUELA ¡Yo sí!

FUNG. Algún miedo que habrás pasado.

MANUELA ¿Y no es de mal signo derramar la sal y meter la llave del revés en la cerradura y hablar de aparecidos en la alcoba del enfermo?...

FUNG. Parlerías, parlerías...

MANUELA No sea descreído, ni se burle de cosas tan probadas, que el día menos pensado se lo llevan las ánimas, y estará muy bien, por impío.

FUNG. Si me llevan ya te contaré lo que pasa por los aires.

MANUELA ¡Quite, quite, que hoy está dejado de la mano del Altísimo!

FUNG. Y si vuelvo te traigo un rabo de escoba con dedicatoria de bruja.

MANUELA ¡Calle, por Dios, que es de mal agüero y va á traer degracia!

ESCENA XXIII

DICHOS: ROSENDO, por foro.

ROSENDO ¿Por qué pelean?

FUNG. Porque la Manuela habla de los trasgos y de los fantasmas como si fueran de la familia.

ROSENDO ¿Y una persona de la cultura de usted lo niega?

FUNG. (Espantado.) ¿Negarlo?... (Obsequioso.) No, señor; no, señor...

ROSENDO Cierto que exageran, pero la figura corpórea del enemigo malo está reconocida por la misma Iglesia.

MANUELA ¿Lo ve?

ROSENDO Y que puede venir á tentarnos en forma humana, es indiscutible.

MANUELA ¿Ve cómo pueden tentarnos?

FUNG. ¿Quién lo duda?

MANUELA (A media voz.) ¡Hereje!

FUNG. (Desesperado) ¡Manuela!

MANUELA ¡Herejísimo! (Y mutis por izquierda.)

ESCENA XXIV

ROSENDO y FUNGUEIRO

FUNG. Estoy de acuerdo con usted. A estos, como son tan ignorantes, se lo niego todo...

ROSENDO Mal hecho...

FUNG. Eso opino también yo. ¡Ah! don Rosendo, muchas gracias.

ROSENDO ¿Por?...

FUNG. Esa soldada de más que nos concede.

ROSENDO Es para los criados.

FUNG. Tal me considero de usted.

ROSENDO No me atrevía.

FUNG. Pues atrévase.

ROSENDO Bueno.

FUNG. Una duda. ¿Este sueldecito de plus es del mes ó del año? Porque varía bastante...

ROSENDO Soy muy dichoso y quiero que lo sean todos. Del año.

FUNG. Gracias. Es un dolor que no le vengan hijos más á menudo...

ROSENDO Quizás cambiara un poco...

ESCENA XXV

DICHOS: PASTORIZA, por foro.

PASTORIZA (Siempre risueña y dulce, viene desde lejos canturreando los dos últimos versos de la poesía de Curros Enríquez. Los dirá parada, en la ventana, sonriendo.)

Lonxe d'ela, de pé sobr'a popa
d'un aleve negreiro vapor
emigrado, camiño d'América,
vay o probe infelis amador.

(Hablado.) ¿Hay permiso? (Entra.) Buenos días nos dé Dios.

ROSENDO Buenos, Pastoriza.

PASTORIZA Vengo del Excelentísimo Ayuntamiento, pero no me dejaron entrar junto al Alcalde.

ROSENDO ¿Deseabas algo?

PASTORIZA Una pregunta. Quizás usted...

ROSENDO Quizás...

PASTORIZA ¿Puede decirme cuándo le llega de fijo el *Oropesa* á la Coruña?

ROSENDO Aún tardará...

PASTORIZA Poco andan los barcos por el mar...¿ó será que hay muchas leguas?...

ROSENDO Eso.

PASTORIZA ¿Es que viene el mi hijo, sabe? ¿Mi Gaspar, mi Gaspariño, sabe?

ROSENDO Sí, sí...

PASTORIZA Tuve carta suya, que embarcaba el doce, y como hoy somos veinticuatro; no, veinti-

cinco; no, veinticuatro... (Riendo suavemente.) ¡Nunca le sé bien esto de los días!...

ROSENDO A veinticuatro estamos.

PASTORIZA Y decía yo que puede ser que venga cerca ya...

ROSENDO No. Hasta el seis ó el siete próximo...

FUNG. El siete...

PASTORIZA ¿Tanto aún?... Estoy esperando un día bueno y los demás parecen cativos y que no valen. ¡Pero ese, sí! !Llegará la noche de ese día y aún he de ver al sol rebrillando entre la luna y las estrellas!... (Se entusiamó; ahora humilde.) Han de dispensar que viva tan gozosa, pero le hace ya que no ando junto de él ocho años; no, nueve, no, ocho... (Volviendo á reir quedamente.) Tampoco lo sé nunca bien esto de los años... ¡qué burriña soy!...

ROSENDO Dá igual...

PASTORIZA No le llevo fijas más que dos fechas: tenía ya treinta y nueve cumplidos por el Apóstol, cuando marchó el hijo, y después cuento desde que marchó, pero ya no los sé cabales: años y años y años... ¿qué burriña soy, verdad?...

ROSENDO Siempre es mejor no enterarse de los que van...

FUNG. Y ya pasados, lo mismo es uno que mil. El pasado es como una fuente... no, como un pozo... no... ¡lo he leído hace pocos días pero se conoce que lo olvidé hace más pocos!

PASTORIZA Para mí son muchos:... ¿Por qué se irán los hijos, don Endo, por qué se irán?...

ROSENDO (Queriendo bromear.) Es el único modo de que vuelvan.

PASTORIZA ¡Y qué dulzura la de aguardarles, Virgen de la Pastoriza! La miel es agria comparándola.

ROSENDO Y máxime no habiendo motivo de rencor. Mi Jacobo se fué por impaciencias juveniles, no por disgustos ni por contrariedades siquiera.

PASTORIZA Y mi Gaspar lo mismo. (Exaltándose.) Dijeron las malas lenguas — que la tiña los

cubra y la sarna los recubra cuando sanen—dijeron esos malvados...—¡Permita la Santa Pastora que cieguen si dicen que lo han visto, ó que no oigan ni los truenos si dicen que lo oyeron!... — dijeron esos pillos...—¡Mala miseria los coma!

ROSENDO Cálmate, cálmate: no hay que darle importancia á murmuraciones.

PASTORIZA (Calmada.) ¿Verdad?...

ROSENDO Indudablemente.

FUNG. ¿Qué dijeron?

PASTORIZA ¿Quiénes?

FUNG. Tú sabrás, que lo referías.

PASTORIZA ¿Yo?... ¿Qué decía yo, don Endo?... Han de perdonar, mis señores, que á las veces andan los pensamientos por mí, como los pájaros por los árboles, que no saben de qué rama vienen ni á qué rama van los pobres.

ROSENDO Todos nos trascordamos.

PASTORIZA ¡Ay! ya sé en qué rama estoy.—Dijeron esos condenados... — ¡en los infiernos se vean por infernadores!...—que Gaspariño marchara porque yo le contrariaba unos amores... ¡Y es mentira, como hay Dios que lo es! ¡Por mi salvación, señor!

ROSENDO Nadie ha dicho eso.

PASTORIZA ¿No?

ROSENDO No.

PASTORIZA ¿Me perjura que no?

ROSENDO No.

FUNG. (Cuando ella le mira.) No.

PASTORIZA ¿Entonces soy yo quien lo dice nada más? ¿Y ustedes podrán asegurar que de mí lo oyeron?

ROSENDO ¡Qué vamos nosotros á repetir esas palabras! Como si no las hubieras pronunciado.

PASTORIZA ¿No las dirán?

ROSENDO No.

PASTORIZA (Con angustia.) ¿No, don Endo?

ROSENDO No, mujer, no.

FUNG. (Cuando ella le mira.) No.

PASTORIZA (Besando el faldón de la chaqueta de Rosendo.) ¡Ay, qué buenos son!

ROSENDO Vete en paz.

PASTORIZA ¡Ay, qué buenos son, Santísima Trinidad!... (Gozosa.) ¡Y yo qué burriña por temerlo de tan buenas almas! (Marchando á espaldas y poniendo el dedo en los labios para pedir silencio.) No lo digan nunca, que es un contra Dios muy grande; no lo digan, no lo digan...

ROSENDO No. Esperadora de esperanzas. Madre de ausentes, que la paz sea contigo y con tu espíritu...

PASTORIZA (Le mira, sonríe y canturrea, marchándose tranquila por el foro derecha, sin mirar cuando pasa por la ventana.)

Lonxe d'ela, de pé sobr'a popa
d'un aleve negreiro vapor,
emigrado, camiño d'América,
vay o probe infelis amador...

ESCENA XXVI

ROSENDO y FUNGUEIRO: luego TONO, por el foro

ROSENDO Siempre así...

FUNG. El pasado es un pozo, no, una fuente... no...

ROSENDO ¿Piensa usted en eso? (Despreciativo.) Le envidio á usted, Fungueiro.

TONO (Entrando escapado.) ¡Señor mi amo, ahí viene la yegua!

ROSENDO (Intranquilo.) ¿Y Jacobo?

TONO Encima.

FUNG. Claro.

TONO Claro no, que se pudo caer.

ROSENDO ¿Pero no se ha caído?

TONO No, señor. Vienen los dos y el espolique.

FUNG. Que son tres.

TONO Y el perro.

FUNG. Que son cuatro.

ROSENDO ¡Avisa á la gente!

TONO (Gritando, mutis por derecha.) ¡Peregrina! ¡Manuela! ¡Amaro!

ESCENA XXVII

ROSENDO y FUNGUEIRO

FUNG. ¿No adelanta usted á recibirle?

ROSENDO No. Aquí será más honda la impresión de bienvenida. Quiero que todo, desde las personas hasta los muebles y los muros de la casa, le hablen á una sola voz y á un mismo tiempo del encanto de ser recibido como á dueño y señor de los Pazos de la Tarroeira. ¿No le parece á usted?...

FUNG. (Encogiéndose de hombros.) Á mí... (Arrepintiéndose.) Me parece admirablemente la idea.

ESCENA XXVIII

DICHOS: unos tras otros y á su tiempo, PEREGRINA, TONO y AMARO, por derecha. ABAD y ROMUALDITO, por derecha. MANUELA con un cofrecito. MARUJA con un llavero y tres ó cuatro muchachas con las cestas. Quedan colocados todos á izquierda, menos ROSENDO, en el centro, y los curas á derecha. JOSÉ á izquierda. Fuera pueden oirse algunos cohetes.

PEREG. Ahí tiene al su Jacobo, don Endo.

ROSENDO Mío es, porque yo le dí la vida: en lo demás no es mío ya...

PEREG. Abrácele bien fuerte.

ROSENDO Descuida.

MANUELA Muchas gracias por la soldada, señor amo.

MARUJA Muchas gracias.

TONO Y que siempre haya para más.

FUNG. ¿Recuerda usted que yo también se las dí?... Por la de todo el año, ¿recuerda usted?...

ROSENDO Sí, Fungueiro, sí.

FUNG. Eso me tranquiliza.

ABAD ¿En dónde está ese mozo?

ROSENDO Aguarde, señor Abad. Aquí hemos de esperarle.

ABAD ¿Y yo voy á estarme quieto?

ROSENDO Si es posible, sí, señor.

ESCENA XXIX

DICHOS: La voz de JACOBO, fuera. Luego JACOBO y el espolique por foro.

LA VOZ (Lejana.) ¡Padre!
FUNG. ¡Ahí está!
ROSENDO Ya le oigo... (Pausa.)
JACOBO (Más cerca.) ¡Padre!
FUNG. ¿Oye usted?...
ROSENDO Oigo, oigo...
ABAD ¡Vaya usted, porra!
ROMUAL. ¡Señor Abad!
FUNG. ¡Qué claras las suelta! (Pausa.)
JACOBO (De americana y con una sola espuela, entrando.) ¡Padre!...
ROSENDO (Abrazándole.) ¡Jacobo!
FUNG. (Quitándoselo.) ¡Jacobete!
JACOBO (Después de mirarle un momento.) ¡Fungueiriño!

ESCENA XXX

DICHOS: PASTORIZA por foro

PASTORIZA Jacobo... ¿Has visto á mi Gaspar por allá?
JACOBO (Indiferente.) No.
PASTORIZA ¿No?... (Lenta y silenciosa va á sentarse en el banco que habrá al pie de la ventana, quedando abstraida y sin mirar á nadie, haciendo rayitas en el suelo con una vara verde que solo tiene hojas en un extremo.)
ROSENDO En tu ausencia, día y noche ha brillado esa luz pidiéndole á la reina de los cielos protección para tí. Apágala tú. (Jacobo va á la imágen, se persigna, reza un momento y apaga la luz, besando la repisa, mientras sigue hablando Rosendo.) Y esta misma tarde iremos al santuario de Tárrade para que enciendas por tu propia mano la luz que no ha de apagarse jamás mientras exista por el mundo un señor de la Tarroeira que cumpla nuestra voluntad en lo futuro como nos-

otros cumplimos la de nuestros antepasados.

ABAD Amén.

TODOS Amén.

JACOBO Iremos.

ROMUAL. *Jacobus...*

JACOBO (Sorprendido.) Señor cura...

FUNG. (Al oído.) No tengas miedo, es que te bendice.

ROMUAL. *Benedictus, Jacobus. Dixitque Pater tuus; jam lœtus moriar, quia videm faciem tuam et superstitem te relinquo.*

FUNG. Ya terminó.

JACOBO Muchas gracias..., y lo mismo digo: tanto gusto en saludarle...

ROMUAL. Su humilde capellán, en los Pazos.

ABAD Yo soy el abad de Tárrade. (Dándole una palmada.) Ya te diré en dónde hay buenas perdices. ¿Eres aficionado?...

ROSENDO Escúchame, Jacobo. No vuelves á mi cariño, porque de él no te aparté jamás: vuelves únicamente á la casa y ella va á recibirte como á dueño suyo. Habla, Amaro.

AMARO (Consultando su librito.) Seiscientos ferrados de trigo se lograron este Septiembre.

ROSENDO Trescientos son tuyos.

AMARO Mil sesenta de maíz...

ROSENDO Quinientos y más son tuyos.

JACOBO Padre...

AMARO Las rentas y pensiones, con los foros suben á...

JACOBO Te suplico que no insistan en eso ahora.

ROSENDO Calla, Amaro. Tú dispondrás cuando quieras saberlo. Habla, Tono.

TONO Santiago le vea venir, señorito Jacobo, y le tenga de su mano.

JACOBO Y á tí.

TONO A nos también.

ROSENDO Habla.

TONO Diez y siete vacas lecheras y once terneros recontamos hoy. Ciento catorce ovejas y merinas...

FUNG. ¡Caray!...

TONO Ocho yuntas de bueyes para la nuestra labor...

JACOBO (Riendo.) Pero padre...

ROSENDO No soy yo, es la casa quien te habla. (A Tono.) Sigue.

TONO De cerda, sin ofender, hay...

JACOBO ¡Calla de una vez!

ROSENDO Calla, Tono. Habla tú, Peregrina.

JACOBO ¿Es la ahijada?... Estás hecha una buena moza, y guapa... ¡cuidado si estás guapa!...

ROSENDO Déjala que hable, que esto de la hermosura ya con la presencia te lo dice.

ROMUAL. (Aparte al Abad.) ¿Ve usted el peligro?...

ABAD No.

JACOBO La espiga ha madurado espléndidamente...

ROSENDO Déjala (A Peregrina.) Habla.

PEREG. En la bodega hay veinte cántaras del Rivero y dos del Tostado; la despensa, ahita de conservas; los tres hórreos, cuajados de maíz de otro ogaño; los dos palomares repletos de palomas...

JACOBO Calla, Flor de los Pazos...

ROSENDO Calla. De todo, la mitad es tuyo. De esto, que van á hablarte sin hablar una palabra siquiera, todo es tuyo y nada es mío. Adelantad vosotras.

MANUELA Las alhajas...

MARUJA En el armario grande están los vestidos y la ropa blanca. Las llaves...

JACOBO ¿Ya tenéis la boda preparada? Y la novia ¿cuál es? ¿Tú?...

ROSENDO Todo es tuyo, Jacobo, que todo fué de tu madre.

JACOBO (Desconsolado, echándose en brazos de Rosendo.) ¡Ay, mi madre!

FUNG. No llores, rapaz...

ROSENDO (Apartando á Fungueiro.) Déjelo, que razón tiene para llorar.

ESCENA XXXI

DICHOS: el ROMERO, por derecha.

ROMERO Señor de los Pazos de la Tarroeira, cumplida va mi hambre y mi sed. (Se arrodilla.) *(Empieza á caer el telón muy lentamente.)*

ABAD ¿Qué hace, hombre?

ROMERO Permítame, que es penitencia. Que el Señor de los Mares y de las Tierras y de los Cielos mire por tí y por tus hijos y por los hijos de tus hijos...

ROSENDO Amén.

ROMUAL. (Acercándose.) *Benedictus, Jacobus. Et in memoriam mater tuam...*

PASTORIZA (Sin levantar la vista del suelo.)

Emigrado, camiño d'América
vay o probe infelis amador...

TELÓN

ACTO SEGUNDO

A izquierda, el umbral de los Pazos, con bancos de piedra, adosados. A derecha un crucero. A foro, muralla; forillo, árboles. Es en Octubre: de día y con sol.

ESCENA PRIMERA

JACOBO, sentado; MARUJA, JOSE por derecha, con una cesta de flores y ramas; se sientan ambos en el crucero.

JOSE — Más flores...

MARUJA — Llevamos un mes, desde que vino don Jacobo, en que la casa florece todos los días...

JACOBO — Si lo hacéis por mí, yo os lo agradezco.

JOSE — Por usted también, sí señor; pero nos lo mandó la Peregrina.

JACOBO — Es un trabajo más que os dáis.

MARUJA — Esto no es trabajar. ¿Y á usted no le cansa, don Jacobo?

JACOBO — ¿El qué?

MARUJA — El no hacer nada.

JACOBO — No.

MARUJA — Pues Dios le deje seguir con esa labor.

ESCENA II

DICHOS; ABAD, por derecha.

ABAD — (Abriendo él mismo el portillo.) Buenas tardes.

JOSE — (Apresurándose á cerrarlo.) Muy buenas.

ABAD — ¿Cómo andamos Jacobo?

JACOBO — Ya bien.

ABAD — ¿Fuerte del todo?

JACOBO Sí. ¿Y usted?...

ABAD Se pasa. Vengo del entierro de ese pobre Juanillo, el del lugar de la Feria, y no han dado mal de almozar, no, señor.

JACOBO Bueno es siquiera...

ABAD Y tú, ¿te reconciliaste ya con los Pazos?...

JACOBO Sí... Confieso que me mortificaron un poco las mudanzas que encontré en ellos...

ABAD Ha ganado mucho esto. Tu padre hizo grandes reformas.

JACOBO Y es otra casa ya: no es la que yo recordaba...

ABAD ¿Y la Capilla?... ¡¡Ahora realmente es una Iglesia!!

JACOBO Sí... pero no es la Capilla.

ABAD Es mucho mejor.

JACOBO Mejor, pero es otra. Y otras mejores, las he visto en muchos sitios. Venía con recuerdos de la niñez, ansioso de encontrarlos... ¿no están? Paciencia. Y por no estar, ni siquiera los tres ó cuatro amigos de la infancia...

ABAD El tiempo es el tiempo. Cuenta con él, Jacobo, si no quieres llevar muchas decepciones. En tu cuarto tienes una fotografía de cuando eras chico: compárate... Y si tú has cambiado, no te sorprendas de que cambie todo lo demás.

JACOBO No me quejo del cambio de las cosas materiales, que vengo de viajar y muchas mudanzas de cosas habré visto... ¡pero sí me quejo de la tristeza de este caserón!

ABAD ¡¡Tristes los Pazos!! ¿Pero cómo los miras?

JACOBO Me quejo de estas gentes adustas...

ABAD Si es que no te conocen...

JACOBO Y me quejo de estas nieblas que mañana y tarde caen sobre la casa y dan frío en el cuerpo... y en el alma. He vuelto con muchas ilusiones, pero al encontrar todo tan cambiado, tan mezquino...

ABAD ¡¡Jacobo!!

JACOBO Sólo pienso en mandar que vuelvan á encender la luz del ausente.

ABAD Calla, ¡eso no lo has dicho! (Pausa.) El señor Capellán está ahí.

MARUJA Atienda, señor Abade. No le fué nada bien al mi hombre con aquella medicina...

ABAD ¿Qué le duele?

MARUJA No le duele cosa particular, pero el alma no le lleva el cuerpo á ningún lado. Para mí que es cansancio...

ABAD Será: que se esté quieto.

MARUJA Ya se lo predico, pero como tiene el genio así, no puede, y está siempre rebulle que te rebulle.

ABAD Pues dile que no rebulla.

MARUJA De su parte de usted.

ABAD Yo le disculparé del trabajo unos días, y por unas pesetas no os apuréis...

MARUJA (Besándole la mano.) Si usted no va al cielo, vestido y calzado, no le va nadie.

ABAD Bueno, bueno, adiós.

MARUJA Usted lo pase bien.

ABAD ¡Ah!, oye: y no rebullas tú...

MARUJA Quite, señor.

ABAD No haga el diablo que la enfermedad seas tú.

MARUJA Quite, señor, quite, que es cansancio natural.

ABAD Bueno, bueno... (Maruja se aleja y vuelve á su faena.)

JOSE (Tirándole de la levita.) Señor Abade, señor Abade...

ABAD ¿Qué te pasa á tí, José?...

JOSE A mí, nada: á la tierra. En sazón estamos y no planto. Anda la luna muy revuelta y no vaya á perderse la semilla.

ABAD No importa. Húndela en tierra un par de dedos más que de costumbre.

JOSE ¿Bastará?

ABAD Sí. Y reza un Credo.

JOSE El caso es... que Credo no le recuerdo bien yo solo: ¿será lo mismo dos Ave-Marías?

ABAD Lo mismo.

JOSE Tan agradecido. Ya le mandaré primicia de lo que recoja.

ABAD Bueno, adiós.

JOSE Diga además, si no le enfada. ¿Sabe que no le quieren al mi hijo pequeño en la escuela?

ABAD. ¿Y eso?...

JOSÉ. Dicen que va muy cochino...

ABAD. ¿Y por qué no lo lavas?

JOSÉ. (Sorprendido.) Tiene razón. El domingo lo llevo al río.

ABAD. ¡Vaya!... (Mutis Abad por izquierda.)

JOSÉ. ¡Es mucho hombre de saber este señor Abade!

MARUJA. Y un santo...

JOSÉ. Eso no sé...

MARUJA. Yo sí. Y si no es un santo, peor para los santos.

ESCENA III

DICHOS, menos el ABAD. PEREGRINA, por izquierda.

PEREG. Yá le puse las orejas encarnadas al Miguel y le dije que no le despedía por misericordia.

JACOBO. ¿Para qué le reprendiste?...

PEREG. ¡Sólo faltaría que un criado no le obedeciera pronto!

JACOBO. Es un criado de mi padre, no mío.

PEREG. Igual, de los dos.

JACOBO. No me conocen, y es natural, no me quieren.

PEREG. Eso del querer marcha un poco más despacio...

JACOBO. A veces... Cuando estuve por aquellos países lejanos...

PEREG. Los Perús y los Méjicos...

JACOBO. Encontré una mujer, moza y garrida, con rumbo en el aire, de cuello abajo, y guapeza en la cara, de cuello arriba, que mismamente se parecía á tí.

PEREG. De lejos viene la semblanza...

JACOBO. Y, sin embargo, no se parecía á tí.

PEREG. Es á modo de acertijo: era y no era.

MARUJA. Le andan en adivinanzas, señor José.

JOSÉ. Déjalos, que en peor le podían andar.

PEREG. ¿Y en dónde marcaste la diferencia?

JACOBO. Por los adentros. Tenía la voluntad pegajosa, como panal de miel, y los quereres

tornadizos como la punta del pañuelo que llevaba en la cabeza, y que iba y venía de un lado para otro tan sólo con que el viento lo empujara.

PEREG. ¿Y te gustó esa volandera?

JACOBO Sí.

PEREG. ¿Y te prendaste de ella?

JACOBO No: de la que á élla se parece.

PEREG. (Enfadada.) ¡Mira que no quiero esas burlas!

JACOBO Son veras.

PEREG. ¡Tampoco las quiero!

JACOBO ¿No?...

PEREG. No.

JACOBO ¿Pero un no muy grande?...

PEREG. Ponlo mediano...

MARUJA Ya está, señor José.

JOSÉ ¿Qué está?...

MARUJA Adivinada la adivinanza.

JOSÉ ¡Lo que tardáis en enteraros!... ¡Muy animalitos sois!

MARUJA ¡Cualquiera diría que usted viene de Salomón!

JOSÉ Quién sabe, hija, quién sabe...

PEREG. (Apartándose de Jacobo, que apremia un poco.) ¡No vayan á pensar lo que no hay.

JACOBO Pero habrá...

PEREG. No. (Lo dice seria, luego sonríe y marcha al crucero.) Más vale que nos cuente cosas de esos mundos... Aunque embustea un poco, son muy divertidas.

JACOBO Para demostrar lo obediente que soy: pues, señor...

MARUJA ¡Ay! si es cuento que no sea de embrujorios, que hace noches me contó uno Perico, y no pude dormir con él.

JOSÉ (Grave.) Con el cuento, señor.

JACOBO Ya, ya. Vosotros, que os consideráis pobres, teniendo cada uno vuestra casa independiente, ¿qué diríais si viéseis á los ricos hacinados en aquellas moles de dieciocho y veinte pisos?

PEREG. Buena gana de reventarse subiendo y bajando.

JACOBO Tienen ascensores.

MARUJA ¿Qué tienen?

JACOBO — Unas cajas que llevan á las gentes. Viene el portero, toca un botón, y arriba.

MARUJA — ¿Y qué botón les toca?

JACOBO — Uno eléctrico.

MARUJA — Esas mentiras le son para vos, que por mí no cuelan...

PEREG. — Sí, Maruja, sí. En Vigo hay uno.

JOSÉ — Por Vigo le andan también muchos judíos de esos protestantes.

JACOBO — Sí, pero eso es otra cosa.

JOSÉ — Será, sí, señor; pero le andan.

JACOBO — A una de esas casas fuí yo un día á visitar á un amigo; desde el balcón, para ver volar á los gorriones, hay que mirar hacia abajo.

MARUJA — ¡Muy trolero le es, don Jacobiño!

JACOBO — Palabra.

PEREG. — Así se comprende que este vivir nuestro, tranquilo y natural, no le dé sabor...

JACOBO — Mírame.

PEREG. — (Bajando los ojos.) ¿Para qué?...

JACOBO — Mírame.

MARUJA — ¡Mírale, mujer!

JACOBO — (Cuando ella le mira.) Ahora vivo más á gusto.

MARUJA — Gracias.

JOSÉ — No va contigo.

MARUJA — ¿Y qué más tiene? Lo que á una moza se le dice, todas las mozas lo agradecen.

JOSÉ — Tú no lo eres ya, que tienes marido.

MARUJA — ¡Pobriño! Déjelo, que está enfermo.

JOSÉ — Si le cuidaras...

MARUJA — ¡Ya le cuido y más una novena que voy á hacerle para que sane!

JOSÉ — Eso le debes, que es hombre de bien.

ESCENA IV

DICHOS: FUNGUEIRO, por izquierda.

FUNG. — ¡Peregrina!... ¿Y la clase?

PEREG. — (Riendo.) Hoy no.

FUNG. — (Indignado.) ¿Hoy no y ayer y anteayer no?... ¿Cuándo dices que sí?...

MARUJA — Lo dirá para otras cosas. No se desespere tan pronto.

FUNG. Contigo no hablo. ¿Vienes?

PEREG. ¿Y para qué?...

FUNG. ¿Cómo que para qué?...

PEREG. Sí, ¿qué me va á enseñar?

FUNG. Por enseñarte algo no quedaría...

PEREG. ¿Y valdrá tanto como un día hermoso y un estar bien acompañada? ¿Y después de saberlo, qué me importa á mí, por ejemplo, que el Miño sea de España ó de Portugal, ó de los dos, ó del demonio, ó que no haya semejante río por el mundo?...

FUNG. Ni á mí; eso es cierto.

PEREG. Y que un rey mandó después que otro, ó que no llegó á mandar ¿qué me importa, Fungueiro, que me importa?

FUNG. En eso estamos todos, sólo que tú no quieres guardar el secreto.

PEREG. Y aun cuando llegase á reunir la ciencia de usted, ¿qué habíamos adelantado?... ¿A usted para qué le sirvió?... ¿Para llegar á viejo y llegar pobre?... ¡Pues mire, Fungueiriño, lo que es á eso se le llega también sin saber nada!

JACOBO Tiene razón.

MARUJA ¿Y no la ha de tener?... Porque ustedes los sabios le andan muy á la cola en todo lo que no es sabiduría. (Acercándosele.) Poco se enteró cuando la Generosa se le fué con otro...

FUNG. Menos enterado estaba el otro: la prueba es que se escapó con ella.

MARUJA Por ahí discurre bien.

FUNG. Gracias.

PEREG. Y ya que estamos conformes, quitaremos la molestia y desde hoy se acabaron las lecciones.

FUNG. ¡¡No!! Y mis seis duros ¡recontra! ¡se van á terminar también! ¡Recapacítalo, mujer!

PEREG. Le diré á don Endo que seguimos y le pediré ocho.

FUNG. Pídele diez. El no hacer nada lo vale lo mismo.

PEREG. Diez. ¿Quiere más?...

FUNG. No me lo dejes á mí, que abuso.

PEREG. (Haciéndole una caricia.) ¿Y hoy, perdona?

FUNG. Insiste un poco.
PEREG. ¿Perdona?...
FUNG. ¿Pero mañana?...
PEREG. (Riendo.) Sí, señor.

ESCENA V

DICHOS: AMARO y TONO por derecha.

TONO Buenas tardes. ¿Aún no sale, don Jacobo? ¿Ya tendrá ganas?...
JACOBO ¡Figúrate! Venir de tan lejos con el afán de ver mis tierras... ¡y estarme un mes encerrado!
AMARO Las fiebres ya volaron.
JACOBO Sí, pero mi padre tuvo miedo á que la humedad de estos días pasados me hiciera recaer y no me dejó ir al campo.
PEREG. Bien hecho.
TONO Y tú, Peregrina, ¿curaste ya del susto?
JACOBO ¿Qué ha sido?
PEREG. ¡Nada!
TONO ¡Una bobería! Perdió la color y se puso como una difunta (Maruja se persigna) porque esta mañana entró un *murciégalo* en su habitación.
FUNG. Murciélago.
TONO Déjelo ir como iba, señor Fungueiro, que el pájaro no ha de cambiar por eso.
JACOBO ¿Les tienes miedo?
PEREG. De noche, no, que es su hora: de día sí, que es mal signo.
FUNG. Los envía la Madre Diablesa, peluda y bisoja.
PEREG. ¡Y eso es, aunque se burle!
TONO Y que esta, ahora, anda muy necesitada de signos buenos. Niégalo... ¿No fuiste anoche junto á la Pascuala, la echadora de cartas?
PEREG. Para saber mi destino, que eso acompaña siempre.
FUNG. ¡No seáis idiotas! ¡Que no son más que engañifas para sacaros los cuartos!
PEREG. ¡¡Ay, no diga!!

AMARO (Acercándosele mucho.) ¿Es falso que la lechuza llora como los niños?...

TONO (Acercándosele mucho.) ¿Y las campanas, no suenan ellas solas la noche de todos los Santos?

MARUJA (Furiosa.) ¿Y el lagarto de dos colas, aplastado contra una piedra blanca, no escribe los números de la lotería? ¡Diga que no!

TONO ¡¡Dígalo!!

FUNG. Digo que sí...

JACOBO Dejadlo, que es un hereje.

FUNG. ¿También usted, don Jacobo?...

PEREG. Un día se va á encontrar en un un mal paso, por descreído. No lo permita Dios, que le estimamos, Fungueiriño.

MARUJA (Escuchando.) Te llama don Endo.

PEREG. Voy. (Y mutis por la izquierda.)

ESCENA VI

DICHOS: menos PEREGRINA

AMARO (A Tono.) ¡Anda como una reina!

TONO Yo no sé cómo andan las reinas, que no le topé ninguna, pero esta pisa firme.

JACOBO (A Fungueiro.) Es guapa, ¿eh?

FUNG. Yo no tengo opinión...

JACOBO ¡Reconocerá usted que es una mujer!...

FUNG. Eso, sí, señor.

JOSÉ Oiga, señor de Fungueiro, ¿cómo hay que poner los sobres para la América?

FUNG. Cerrados.

JOSÉ Dios le pague la respuesta. Pero, ¿qué se escribe?

FUNG. Según la nación. ¿Para dónde es?... (Se aparta hablando.)

JACOBO Maruja, ¿tú conoces á la Pascuala?

MARUJA ¿La echadora de cartas? ¿Y quién no?...

JACOBO ¿Quieres llevarle cinco duros de mi parte? Y si nadie se entera te doy á tí otros cinco.

MARUJA Buen negocio. ¿Y usted qué busca en ello? ¿Cambiar el destino de alguna persona?

JACOBO (Sonriendo.) Quizás...

MARUJA ¿De la Peregrina?...

JACOBO Quizás...

MARUJA Pero... ¿y las cartas van á favorecerle por una limosna?

JACOBO Quizás...

MARUJA ¡Entonces le sería mentira lo que dice la echadora!

JACOBO Quizás...

MARUJA (Persignándose.) ¡Jesús me valga! (Mutis derecha)

ESCENA VII

DICHOS: menos MARUJA; ROSENDO por izquierda

FUNG. Hoy no daremos lección. A Peregrina le duele la cabeza: creo que es la cabeza; pero puede que sea un pie, y si no, alguna cosa entre esas dos.

ROSENDO No la obligue á estudiar demasiado...

FUNG. ¿Demasiado?...

ROSENDO ¿Y adelanta?...

FUNG. En otros asuntos, tal vez: en sabiduría está como la de Balaán (burra de...)

JACOBO Bastante sabe...

FUNG. Bien, bien; hoy he despertado para no tener razón.

ROSENDO ¿Hiciste lo que te mandé, Amaro?

AMARO Sí, señor. Ya están los zagales juntando el ganado en el soto, y después arrearán con él para arriba, á traerlo delante de la casa. Y al tu hijo, don Endo, se le irán los ojos mirándolo, que gordas y lucidas, no hay bestias como las de la Tarroeira, con perdón sea dicho.

JACOBO ¡Aligera, padre! Que aún no he visto mis prados ni mis árboles. ¡Pero tan grabados los traigo en la memoria, que á obscuras acertaría con mis sitios predilectos! Empezaremos la visita por aquel cedro gigante, el Abraham de la Huerta, el Patriarca de los Pazos.

ROSENDO Ese lo tronchó un vendaval...

JACOBO ¡Qué dolor! Y que eso no se improvisa ni se sustituye...

ROSENDO — Sustituirlo, sí. Plantamos dos en lugar del caído, y ya tienes ahí tanta sombra como antes.

JACOBO — No es lo mismo.

ROSENDO — No: pero, ¿qué le íbamos á hacer?... ¿No opina usted lo mismo, amigo Fungueiro?

FUNG. — Sí, como ustedes dos.

ROSENDO — ¡Pero es que los dos opinamos uno en contra del otro!

FUNG. — No importa. Así no demuestro parcialidad.

ROSENDO — Con este no hay peleas. Y como además, no hay quien le pida cuentas, vive dichoso, aunque un poco en egoísta. Sin familia, sin hijos...

FUNG. — ¡Le diré á usted!... Hijos, lo que se llama hijos, no tengo, es verdad; pero tengo calumnias

JACOBO — (Riendo.) ¡Fungueiriño!...

FUNG. — Y aún puedo expresarme con mayor exactitud: calumnias tampoco, participación en los hechos calumniosos...

JACOBO — Cuando yo marché, quedaba usted en amores y muy próximo á casarse. ¿Por qué se deshizo la boda con aquella Generosa?...

FUNG. — Por Generosa, precisamente. Llevábamos relaciones muy serias: ella acariciaba la idea de casarse pronto, yo también la acariciaba algunas veces... Después... no me preguntes más... ¡Fué un episodio dolorosísimo!

ROSENDO — (Aparte á Jacobo.) Se le escapó con uno... y volvió con otro.

JACOBO — Menos mal.

ROSENDO — ¿Aún escuece la herida? Le creía á usted más hombre.

FUNG. — Yo también. Pero ya ve usted que los dos estamos equivocados.

ROSENDO — Hay que ser más fuertes con las malas memorias, Fungueiro. Y con las buenas, Jacobo. Anda, ven y presenciarás un espectáculo curioso: es la hora de echar el maiz á las palomas y acuden en bandadas, á centenares.

JACOBO (Contento.) Sigue portándose nuestro viejo palomar, ¿eh?

ROSENDO No. El viejo hubo que derribarlo, porque se hundía...

JACOBO ¡Qué locura! ¡Emigrarían todas!

ROSENDO Ninguna. Se las encerró una temporada, criaron, y eso bastó para fijarlas en los nuevos palomares.

JACOBO (Sentándose, despechado.) ¡Lo más cuerdo será no preguntar por nada!

ROSENDO Pero Jacobo, hijo, ¿volveremos á repetir por los campos las mismas tristezas que has sentido en la casa? Vamos, ven, y no tengas una congoja pueril por un árbol ó por una piedra más ó menos.

JACOBO No es el árbol, ni es la piedra, es que otra vez ¡y una vez más! recibo la impresión de que nada es indispensable en este mundo y de que todo se reemplaza y se sustituye.

ROSENDO Naturalmente. Perdiendo en unas ocasiones y ganando en otras, cuando desaparece ó muere ó se arruina, hay que sustituirlo. ¿Quién lo duda?

JACOBO Antes, yo: ahora, ni yo.

ROSENDO ¡Jacobo, Jacobo! Te entraron ganas de correr mundo y aquí dejaste abandonados árboles y cariños. Murió tu madre y no has pensado en volver por su muerte.

JACOBO ¡Padre!

FUNG. (Calmándole.) Don Rosendo...

ROSENDO Quedé yo solo y no has pensado en volver por mi vida. Y ahora vuelves con una tristeza por un árbol que se tronchó y con una mueca desdeñosa para todo lo que aún existe, y yo he mejorado con la torpe ilusión de agradarte á tí... ¿Te figuras que no leo en tus pensamientos?... ¡Comparas lo que has visto con lo que ves y todo te resulta muy pobre, muy triste, muy estrecho de horizonte!... ¡Lo veo en tí, Jacobo, lo veo! Y una vez más se cumple la irrevocable sentencia de que la Tierra lograda no se parezca á la Tierra soñada.

FUNG. Vayan, vayan á ver sus prados y sus bosques...

ROSENDO Tú dirás... ¿Vamos?

JACOBO (Indiferente.) Vamos. (Mutis lento por derecha.)

ROSENDO (Aparte á Fungueiro.) No lleva prados ni bosques en el corazón: los de la tierra van á parecerle muy mezquinos... (Mutis por derecha Rosendo y Fungueiro.)

ESCENA VIII

AMARO y TONO

TONO Amaro...

AMARO ¿Qué, Tono?

TONO ¿Por qué mundos habrá corrido el señorito que no vió troncharse los robles ni caerse los muros?...

AMARO Se imaginaría que iba á encontrar las personas y las cosas como él las dejó al marchar y ahora todo se le vuelven asombros.

TONO Conmigo se quedó viendo visiones. «¡Lo que has crecido, Tono!» Yo no pude menos de brincar y fuí y le dije: «Pero, ¿usted no ha crecido? ¡recontra! Pues deje usted crecer á los demás ¡reconcho!»

AMARO Tienes razón. Pero deja las flores.

TONO ¿Para qué nos querrá encanijados, hombre? ¡Es muy fantástico eso!

AMARO Mucho. Pero deja las flores, que no tienen la culpa.

TONO Ya están dejadas.

ESCENA IX

DICHOS: MANUELA, por izquierda.

MANUELA ¡Gracias á Dios que se te ve, hombre!...

TONO ¿Y eso?...

MANUELA ¿Y eso?... ¡Qué descastado eres!... Con piel de raposo te habías de vestir y muchos te conocerían.

TONO Es un suponer tuyo...

MANUELA Ayer fué sábado... y estuve esperando á la puerta.

TONO Volvimos muy tarde de la feria, y como eran ya más de las diez... no te ví.

MANUELA ¡A las diez estaba, y á las once estaba!

TONO Pero no estabas á las doce.

MANUELA ¡Dijiste que pasaras más de las diez, embustero!

TONO ¿Y las doce no son más de las diez ¡caray!...

MANUELA Son, son... ¿Tienes queja de mí?

TONO Al contrario: estoy muy agradecido, y así lo digo.

MANUELA (Intranquila.) ¿Lo dices?

TONO A tí sola.

MANUELA Eso, gracias á Dios, aún no es decirlo.

TONO ¿Qué te figurabas de mí?

MANUELA ¿Y luego?... ¿Nos casamos?... La Maruja preguntó que cuándo.

TONO Solo porque ella lo sepa no es lugar de apresurarse.

MANUELA Por nosotros, naturalmente. ¿Puedo ir preparando la ropa?...

TONO Puedes. En tenerla arreglada yo no veo mal.

MANUELA Bien me decían que no te hiciera caso, que tú dejas y tomas una cada ocho días.

TONO Un mes llevamos: ya ves si mienten.

MANUELA ¡Ya acertarán, ya, que todas te agradan y á todas las desprecias y yo pasaré igual que todas, que eres tú con las mujeres como el señor de Tenorio!... ¡Ay, si nosotras supiéramos antes lo que sabemos después de conoceros!...

TONO Pasaría lo mismo.

MANUELA No digo que no; pero de otra manera. Y tú no te acerques más á mí. ¡No te acerques, ladrón!

TONO ¡Y si yo no me muevo!...

MANUELA ¡Vete de ahí, renegado! ¡Vete, pillo!

TONO (Riendo.) ¡Que te pones guapa, Manuela!

MANUELA ¡Vete, falso!

TONO Y enguapeciéndote no me voy.

MANUELA Conmigo se acabaron ya las bromas.

TONO — ¿A las nueve en tu puerta?
MANUELA — No.
TONO — ¿A las nueve y media?
MANUELA — ¡Si es que no te quiero á ninguna hora!
TONO — ¿A las diez?
MANUELA — A las diez, bueno. Muy falsos le son, madre mía, pero como en hombres no hay otra cosa...
TONO — Y que hoy estás preciosísima...
MANUELA — ¡No vuelvas con embustes!
TONO — Preciosísima, Manueliña. ¿Has visto las zarzas, llenas de moras?
MANUELA — Vílas, por Septiembre.
TONO — ¿Y el cerezo, prendido de cerezas?
MANUELA — Todos los Junios.
TONO — ¿Y el fresal cabeceando de fresas?
MANUELA — Todos los Mayos.
TONO — ¿Y te has visto los labios tú?...
MANUELA — En todos los espejos, y en el agua clara, que da miedo el mirarla, porque tiembla ella y parece que tiembla una misma.
TONO — (Toda esta parte muy risueña y muy viva.) Pues fresones, cerezas y moras no me apetecen lo que tus labios, Manueliña rica.
MANUELA — (Inmóvil.) No quiero...
TONO — (Abrazándola.) Ya lo sé...
AMARO — (Tose. Cuando le miran.) Es del catarro; ya hace días que lo tengo.
MANUELA — Dispensade, que le llevo mucha prisa. (Mutis rápido por derecha.)
AMARO — Se conoce.

ESCENA X

AMARO y TONO

TONO — No puede uno fiarse de que digan que no quieren.
AMARO — Tú ya no te fías. Y esos modos tuyos son muy sencillos cuando las mujeres no interesan.
TONO — Dí que tú eres un pasmón, que si no, otra avenencia tendrías.
AMARO — Peregrina no es como las demás.

TONO ¿Probaste?... ¿No?... Y entonces, ¿por qué lo niegas?... Dí que eres tú el pájaro bobo y no la desacredites á ella.

AMARO Si yo no pensara que así adelantaría algo...

TONO Experimenta á ver... De todos modos, el abrazo no le pierdes.

AMARO ¡Quién sabe!...

TONO De fijo que ganas. A lo mejor lo está ella deseando y quedas tú feamente.

AMARO ¡Calla, que viene!

TONO Pues más á punto... ¡Haz como yo! ¡Y buena suerte, Amaro! (Mutis por derecha.)

ESCENA XI

AMARO, PEREGRINA, por izquierda.

PEREG. ¿Quién marcha ahora?

AMARO Tono. ¿Es verdad que fuíste anoche junto á la echadora?

PEREG. Sí.

AMARO ¿A qué?

PEREG. A que me diga el destino.

AMARO ¿Y cuál es?...

PEREG. Aún no respondió. Faltan cuatro vueltas de la tierra para el mudar de la luna, y esas aguardo la respuesta. Y antes he de llevarle manteca salada por mi mano, y una cosa que sea de persona que me quiera mal.

AMARO ¿Y quién te querrá mal á tí, Peregrina?

PEREG. Eso le pregunté yo, y entonces me dijo que le llevara cosa de persona que me quisiera muy bien. Por lo visto son las que están más cerca de querernos mal.

AMARO ¿Te sirve algo de mí?...

PEREG. No, gracias.

AMARO Lo dije con voluntad, pero también lo dije ya sin esperanza... ¡Y yo cada día más preso en tí!... ¡Qué preciosa eres, Peregrina!...

PEREG. Amaro...

AMARO (Con timidez y con poesía; sonriendo.) Peregrina... ¿has visto las zarzas llenas de mo-

ras... los cerezos prendidos de cerezas... y el fresal cabeceando de fresones?... (Pausa; con esfuerzo y gravedad.) Pues fresones, moras y cerezas no me apetecen lo que tus labios, Peregrina.

PEREG. (Enojada, pero sin violencia.) Amaro, Amaro...

AMARO (Tendiéndole tímidamente los brazos.) Mira que si me dejaras gustarlos...

PEREG. (Inmóvil y secamente.) No.

AMARO (Empezando el abrazo.) Peregri...

PEREG. (Inmóvil.) ¡No!

AMARO (Desistiendo.) No puede ser... Las palabras suenan de otro modo cuando salen de otra boca. Tono aconsejó equivocado.

PEREG. ¡Es un atrevido!

AMARO Y yo lo soy, pero contigo no llego; me sobra el quererte.

PEREG. ¡Igual adelantarías!

AMARO (Fiero.) ¡Eso no! Que manso no soy y no le tengo miedo á nacido. ¡Dí que te quiero!

PEREG. Aunque no lo diga.

AMARO ¡Dílo, dílo!... Sin decirlo, no; que si desapartamos el amor entre nos y me queda la fantasía nada más, cuando me dé la gana ¡bésote!

PEREG. ¡Amaro!

AMARO ¡Como lo oyes!

PEREG. (Retrocediendo.) ¡Amaro!

AMARO ¡Y ahora mismo ha de ser!... (Con alma, pero sin gritar.)

PEREG. ¡No!

AMARO ¡Sí!

PEREG. ¡No!

AMARO (Trincándola.) ¡Sí!

PEREG. ¡Amaro, suelta, Amaro!...

AMARO ¡No!

PEREG. ¡Suelta, ladrón!

AMARO ¡No!

ESCENA XII

DICHOS: ROMUALDITO y después ABAD. por izquierda.

ROMUAL. (Cogiendo al Amaro.) ¿Qué es esto?

AMARO (Rechazándole con una mano, mientras con la otra sigue sujetando á Peregrina.) ¡Lo que sea!

ROMUAL. ¡Comprende que no es moral, ni decente, ni!...

AMARO (Rabioso.) ¿Me deja usted, sí ó no?

ABAD (Cogiendo á Amaro por el cuello y por un hombro.) Que también estoy yo aquí.

AMARO (Queriendo soltarse.) Déjeme usted...

ABAD (Sacudiéndole.) En cuanto alces la voz te doy una patada que...

ROMUAL. (Cogiendo al Abad.) ¡Por Dios y por la Virgen, señor Abad, no se arrebate usted!..

ABAD (Echando unos pasos al Amaro.) No me incomodo, pero sin incomodarme le doy lo ofrecido. ¡Ya sabes que te la doy!

AMARO (Fosco, pero humilde.) Sí, señor...

ROMUAL. Nosotros no debemos intervenir más que con súplicas...

ABAD Quite usted de ahí, cura, que usted no entiende de esto.

ROMUAL. Y poner la otra mejilla...

ABAD ¡Cá!

ROMUAL. Así no le querrán á usted sus feligreses...

ABAD ¿Que no? Ven acá, tú, Amaro. Acércate. ¡Ven acá, porra!

ROMUAL. ¡Señor Abad!...

ABAD Es lo único que ha entendido. Durante la enfermedad de tu madre, ¿quién mandó las gallinas para el puchero?

AMARO Usted...

ABAD ¿Quién te enseñó á leer y á contar?

AMARO Usted...

ABAD ¿La tarde que faltaste á la procesión por irte á jugar á las chapas con otros zanganotes, quién te dió un pescozón?

AMARO Usted...

ABAD ¿Y tú me quieres ó no me quieres?...

AMARO Sí, señor Abad, que le quiero... y á la Peregrina también.

ABAD Son cosas distintas. A las siete estarás en la Rectoral.

AMARO Estaré, sí, señor...

ABAD Y no te olvides de que conmigo tendrás siempre lo que más necesites: gallinas, consejos ó pescozones.

AMARO Mugras gracias.

ABAD ¡Y largo! (Mutis Amaro por derecha.)

ROMUAL. ¿Te hizo daño?

PEREG. ¡Qué iba á hacer! Y si tardan ustedes en acudir le arreo yo á él.

ROMUAL. ¿Serías capaz?...

PEREG. ¡Vaya!

ABAD A tus quehaceres.

PEREG. ¡No tengo la culpa!

ABAD Sí, la tienes.

PEREG. No sé en dónde.

ABAD De arriba abajo. A tus quehaceres.

PEREG. Pero conmigo no se enfade... (Marchando.)

ABAD En estos negocios no riño nunca con hombres ni con mujeres.

PEREG. ¿Pues con quién?

ABAD Con la Naturaleza, que es la gran culpable.

PEREG. Usted sabrá por qué lo dice... (Mutis por izquierda.)

ESCENA XIII

ROMUALDITO y ABAD

ABAD No había cuidado. Cuando ellas no quieren...

ROMUAL. ¡Es que no debían querer nunca!

ABAD ¿Nunca?... A usted habrían de darle una parroquia en el Cielo, que es en donde sabría gobernarla, pero en la Tierra se quedaba usted sin rebaño en un par de meses.

ROMUAL. Respeto esa opinión, por ser de usted, pero, dicho sea sin ánimo de censura, el procedimiento suyo no está muy ajustado á los cánones.

ABAD ¿Cómo que no?...

ROMUAL. No, señor. *Suprema lex...*

ABAD (Cogiéndole bruscamente de un brazo.) ¡En castellano, Cura, en castellano!

ROMUAL. (Espantado y luego afligido.) ¡En castellano no lo sé decir con tanta claridad!...

ABAD ¡Acabáramos, hombre! Siga por donde quiera.

ROMUAL. Decía que los sagrados textos predican la mansedumbre.

ABAD Unos, y otros muchos el castigo implacable.

ROMUAL. Fíjese en este: «*Maledicent illi et tu benedices*». (Maldecirán ellos y tú bendecirás).

ABAD ¿Y este? «*Qui timent Dóminus, speraverunt in Dómino*». (Los que temen á Dios, esperan en Dios).

ROMUAL. «*Suavis Dominus universis*»... (Suave es el Señor con todos).

ABAD ¿Y este? «*Beneplacitum est super tinentes eum*». (Se complace— suple Dios—en los que le temen). (Todas las citas son de los Psalmos).

ROMUAL. (Cogiéndole del brazo.) *Dominus dixit...*

ABAD (Soltándose y cogiéndole él) *Dixit, dixit...*

ROMUAL. *Quí suavis...*

ABAD *¡¡Quí timent;* Cura, *quí timent!!* (Mutis por izquierda los dos Curas, aporreándose con latines; Romualdito apacible, y el Abad iracundo.)

ESCENA XIV

FUNGUEIRO, por derecha; entró un momento antes de salir los curas, y, sin que ellos le vean, los mira atónitos. ROSENDO, por derecha.

FUNG. *Vobiscum...*

ROSENDO ¿Eh?...

FUNG. Que van peleándose en *Dóminus Vobiscum,* y no pude sacar nada en limpio. Yo creía que el señor Abad no era muy sabiondo en latines, pero al oir que lo habla...

ROSENDO Al hablarlo es cuando se le nota más que no lo sabe...

FUNG. ¡Ah!...

ROSENDO (Con nobleza, pero triste.) Seguiremos en latín, Fungueiro...

FUNG. ¿El qué?

ROSENDO Jacobo vuelve á marcharse.

FUNG. ¿Qué dice?

ROSENDO Todo lo iba mirando con odio, como si cada planta fuese una traición, y al llegar á los Molinos, en donde yo esperaba que los edificios nuevos y las máquinas poderosas le causaran una alegría enorme...

FUNG. ¡¡Como que aquello es magnífico!!

ROSENDO Iba yo acechando el instante de gozo y de satisfacción que en él se produciría... ¡y al encontrarme otra vez con la mueca desdeñosa, con que aquello, que nos parece grandioso, es pequeño!... ¡y lo desprecia! fué tan brusca la ira mía, que hubo un momento en que tuve la absurda tentación de que á él y á mí nos trituraran las piedras del molino.

FUNG. Pero, ¿qué piensa ese muchacho?

ROSENDO Piensa que aquí no hacía falta, que hizo mal venir y que debe marcharse. ¡Y tiene razón! Falta material para segar un prado ó cobrar un foro, no hacía ninguna. La vida de todos no va á detenerse por la ausencia de uno. Lo que no hace un hombre lo hace otro hombre, y en paz. Y esto, unido al desencanto de que sus ojos de hombre no vean lo que miraron sus ojos de niño, lo lleva á marchar.

FUNG. Pero en Jacobiño hay además una razón de afecto.

ROSENDO Esa la sabe usted; él, no.

FUNG. Usted no le dejará irse...

ROSENDO ¿Yo?... Las puertas, las ventanas, hasta los muros tiraría al suelo, para que tuviera franco el camino, que siempre es pequeña una casa para guardar á un ingrato. (Marcha.)

FUNG. ¡Don Rosendo!

ROSENDO (Sin detenerse.) ¡Las puertas, las ventanas, los muros, y si es preciso la casa también. (Mutis por izquierda.)

FUNG. Y pensar que á estas fechas, si Generosa no se me escapa, estaría yo casado, y con hijos, que empezarían á darme disgustos, además de los que me diera la madre... ¡Bendita sea la hora en que se escapa la mujer que uno quiere!... (Marcha hacia foro.)

ESCENA XV

FUNGUEIRO, JACOBO, por derecha.

FUNG. Hombre, Jacobo, no me parece bien.

JACOBO (Secamente.) Es posible; pero yo no le he preguntado á usted qué le parece nada.

FUNG. (Desconcertado.) Comprendido... Buenas tardes. (Mutis por derecha.)

ESCENA XVI

JACOBO, PASTORIZA, por derecha con un gran brazado de flores, y flores también en la cabeza y en el pecho.

PASTORIZA ¿Está la Peregrina?...

JACOBO ¡Peregrina!

PASTORIZA ¡Ay, don Jacobo! ¿qué fué de usted tantos días?...

JACOBO Estuve malucho.

PASTORIZA Abríguese, que los relentes le son muy fatales. Me dijeron que la Peregrina anda á vueltas por el destino, y como ella lo merece, que tiene nombre de errante y dice palabras de Dolorosa, vengo yo para anunciárselo.

JACOBO ¿Usted?...

PASTORIZA ¿Usted?... ¿Me trata de usted?... ¿No me conoce, don Jacobiño?... Soy la Pastoriza, la de Cotón, la hija del Pataco. ¿No se le recuerda ahora?

JACOBO (Sin recordar.) Sí, sí...

PASTORIZA Pues soy esa, que enviudé del Antonio, de Vilaboa.

JACOBO ¿Y tú remedias los males?...

PASTORIZA ¡Si pudiera, pronto los remediaba todos! ¿Qué tienes, descolorido? ¿Mal de cuerpo?

¡Pues toma puñados de salud! ¿Qué tienes, pobre?... ¿Pobreza?... ¡Toma puñados de dinero!... ¿Qué te falta, espiga de los campos?... ¿Calor? Pues toma puñados de sol. Y así á todos y para siempre, salud, dinero, sol... y á puñados, á puñados, á puñados.

JACOBO Bien sería; pero no es....

PASTORIZA Si yo fuera mujer de un rey, levantaba las contribuciones para todo el pueblo; si fuera Papa, bendecía á todo el mundo, y á todas las ánimas benditas les perdonaba dos siglos de purgatorio; y si fuera aún más le daba un empujón al infierno y se concluían todos los condenados.

JACOBO Lástima que no seas...

PASTORIZA (Serenándose.) ¿Quiere una flor? (Ofreciéndole del manojo que ella traia y dejó un momento sobre la mesa.) Del campo las traigo, pero todo lo que no sea agua ó cielo ó montaña, campo es, y las ciudades lo fueron y volverán á serlo cuando el Antecristo arrase las tierras para la fin del mundo. ¿Quiere una floriña?...

JACOBO Sí, mujer.

PASTORIZA Por los campos las encontré. Verdad que en ellos todo se encuentra. Desde el aire para respirar y los frutos y raíces para alimentarse, hasta el sitio para descansar. Por avaricioso que sea, ¿á quién no le bastará, en vida y sin ella, un campo labrado, un campo florido y un pedazo después de camposanto?...

JACOBO Cierto.

PASTORIZA Coja la que más envidie.

JACOBO ¿Y á dónde llevas tantas?...

PASTORIZA Son para el adorno de la casa. Ahora la engalano mucho porque en el tiempo sonó la hora, y un día de estos, la Pastoriza del cielo, que es su virgen, y esta Pastoriza de la tierra, que es su madre, verán llegar al hijo.

JACOBO Bien venido.

PASTORIZA ¡Y tanto que lo ha de ser! El no sospecha la felicidad que le tengo guardada!

JACOBO (Desdeñoso.) ¿La casa á que vuelve?
PASTORIZA No. (Yendo á sentarse en el crucero.)
JACOBO ¿Alguna herencia cobrada?
PASTORIZA Y no.
JACOBO ¿Alguna buena moza?
PASTORIZA Moza fuí yo también, y de mi lado marcharon, como si ellos fueran golondrinas y yo el invierno.
JACOBO No es la casa, ni el dinero, ni el amor...
PASTORIZA Es todo eso y más.
JACOBO ¿Pero qué?...
PASTORIZA ¿No se lo dije?... La felicidad. No se ría. Tan fijo como que es usted don Jacobo de la Tarroeira y yo Pastoriza, y Dios es bueno, y el mundo es malo, y todos somos malos nada más que por vivir todos en el mundo.
JACOBO Pues alabémoste, Pastora...
PASTORIZA A mí, no señor, que no lo valgo; pero á quien dispone que yo sea lo que soy y usted lo que es, alábelo de firme, que nadie perdió nada por una humildad y muchos se perdieron por una soberbia.
JACOBO Puede ser, sí...

ESCENA XVII

DICHOS: PEREGRINA, por izquierda

PEREG. ¿Qué quieren?
PASTORIZA A tí te buscaba, santa.
PEREG. No me llames así, que no lo soy.
PASTORIZA ¿No eres buena?
PEREG. Eso sí, un poco...
PASTORIZA ¿Y qué va de buena á santa? ¡Nada! Peregrina, ven, que te diga el destino. Esta noche fué y lo supe como visión.
PEREG. ¿Qué supiste de mí, Pastora?
PASTORIZA Aún no era el amanecer, porque los gallos todavía no cantaran, y entraba por el ventano un rayo de luna, que no era más que un hilito de luz, pero como toda luz, serenaba el ánimo de los que velamos de noche.
PEREG. ¿Y qué has visto?

PASTORIZA Primero ví un campo, por donde tú pasabas. Lo que ya anduvieras tenía hierba y ramas floridas; lo que te faltaba por andar, eran pedregales, pero á medida de tu paso, como si en tus pies llevaras semillas, rebrotaba todo... Y yo me dije: sembradora de bienes es la Peregrina. Dios fecundará la tierra que ella pise.

PEREG. (Acariciándola.) ¡Mucha bobada soñaste, Pastoriciña!

PASTORIZA Después ví un hombre que iba huyendo por el Desierto, sin que nadie lo persiguiera, y al fin, rendido de fatiga y abrasado del sol, cayó en la arena. De pronto, te acercaste tú...

PEREG. ¿Y yo de dónde salía?...

PASTORIZA ¡No sé... Puede que vinieras en el mismo sol... ¡No lo sé! Pero te acercaste y nada más que con la sombra de tu cuerpo se le pasó la fatiga y el mortal sudor... Luego echásteis á caminar juntos, pero no cara al Desierto, si no hacia la aldea. Y yo dije: Peregrina tiene misión de consolar espíritus...

PEREG. (Riendo.) ¡Lo de santa va á ser poco, tú!...

PASTORIZA No creas, ya es bastante...

JACOBO Y el hombre, ¿quién era?

PASTORIZA No lo conocí, don Jacobo... Y por último, ví una casa muy grande, muy grande, tan grande, que yo me dije: ¡estos son los Pazos! Y se iba cayendo piedra por piedra...

PEREG. ¡Ay, Jesús!

PASTORIZA Venían hombres con palas y azadones y picos, y no podían sujetar aquella ruina. De pronto viniste tú y con una mano sola amparaste la casa.

PEREG. Mucha fuerza tuve...

PASTORIZA Te ayudaban los ángeles. Eso no lo ví, pero lo pensé yo, ¿sabes? Y además, pensé: Peregrina tiene destino de salvadora...

PEREG. Cantando con los ángeles, ¡claro!

PASTORIZA Los Pazos no se hundirán mientras ella viva. Y vengo á decírtelo para que te alegres del bien que te aguarda.

PEREG. Dios te lo pague, mujer...

JACOBO	No es extraño que lo sepa: también sabe cómo vamos á ser felices todos en este mundo.
PASTORIZA	¡Y es verdad que lo sé!
JACOBO	Pues te creo y no seré yo quien desaproveche la ocasión de llegar tan pronto á la felicidad. ¿Tú lo sabes? ¿Dinos cómo?
PASTORIZA	En eso me va á perdonar que no le cumpla el deseo. Primero, se lo debo decir al mi hijo: después que él lo sepa, con mucho gusto; pero antes, no. Disimule, si es falta...
JACOBO	Aguardaremos.
PASTORIZA	Poco ha de ser. Viene en el *Oropesa.*
JACOBO	El *Oropesa* hace ya una semana que tocó en la Coruña.
PASTORIZA	(Levantándose rápida: con angustia.) ¿Cómo dice, señor?...
PEREG.	¡Don Jacobo se engaña! El *Oropesa* hasta fin de mes...
PASTORIZA	¿Cómo dice?
PEREG.	¡Que es burla, Pastoriza, que es burla!
PASTORIZA	¿Burla?
PEREG.	(Riendo.) ¿No ves cómo yo me río?...
PASTORIZA	¿Ríes de corazón, santa?
PEREG.	¡Sí, Pastora, sí! ¿No me ves?
PASTORIZA	Malas burlas trae: que nuestro Señor no se las cobre, don Jacobo. ¿Y cuándo llega, sabes?
PEREG.	De fijo, á fin de mes. El mismo consignatario lo ha dicho.
PASTORIZA	¿A fin de mes?... ¿Dos días entonces?
PEREG.	Eso es.
PASTORIZA	(Sonriendo.) ¿Tan pronto?... Sembradora de bienes, ya decía yo que tú me darías algún bien en pago de la visión... Voy á arreglar la casa para recibirle, voy, que aún falta mucho para que la encuentre á su gusto. ¡Perdonen que les deje!... Ya volveré con mi Gaspariño á dar las gracias... ¡Adiós, adiós! (Mutis ligera por derecha.)

ESCENA XXIII

PEREGRINA y JACOBO

PEREG. ¿Qué hiciste, Jacobo?

JACOBO Una sola torpeza. La de volver á donde no conozco á nadie y en donde soy un extraño. Pero hoy se termina: mañana marcho.

PEREG. ¿Mañana?...

JACOBO Vive con el afán de amarlo todo, y todo, con su mudanza, reniega de mí.

PEREG. ¡Marcha!... Pero tú ganarías más, en vez de ir volandero y buscador de lo que no hay, amarrándote á un lugar fijo para cumplir tu destino de hombre de bien.

JACOBO El mío no debe estar aquí... porque yo he venido con amor á la Tierra... ¡y la Tierra no me responde!

PEREG. ¿No te responde?... ¡Claro que no! La Tierra es mujer honesta y no dice al hombre que lo quiere mientras puede temer que venga de burlador. ¡Quiérela tú primero! ¡Convéncela tú primero! ¡Agrádate en lo que ella tiene y ama lo que ella es!... y, ¡entonces, sin que la oigan tus oídos, ya oirás en tu corazón la voz de la tierra que responde!...

JACOBO Aquí me faltó un cariño para hacérmelo comprender.

PEREG. Lo que te faltó es verlos.

JACOBO ¿Quién me quiere?

PEREG. ¡Tu padre!... que mejora y enriquece tu herencia. Y alguien más, que te querrá también.

JACOBO ¿Me quieres tú?

PEREG. Marcha, marcha y que se cumpla tu suerte.

JACOBO ¿Y si fuera la mía el querer á una flor de los Pazos?

PEREG. Si lo fuera, aunque te vayas miles de leguas, el amor tendrás... y tendrás las ansias del lejano.

JACOBO Por verte un día más, he retrasado ya muchos días el marcharme. Dí que me quieres...

PEREG. ¡Dílo tú primero!

JACOBO Como se lo diré á los árboles y á las nieblas, se lo digo á la mujer: te quiero, Tierra, y tu voz aguardo. ¡Te quiero, Peregrina, y aguardo una palabra tuya!

PEREG. Ya lo sabía... y cuando todos porfiaban que no vendrías, yo te esperaba segura y á nadie pude querer de amor, porque vivía fiada á tu promesa.

JACOBO ¿Fiabas de aquellos amores de chicos?

PEREG. De bien poco he quedado sujeta, ¿verdad?... Pero en eso está el poder del destino, y lo que es en unos hebra de seda, que un soplo los desliga, en otros es hierro y es argolla, que los hace prisioneros.

JACOBO ¡Dí que te encontré guapa!

PEREG. El destino pone siempre cuanto hace falta para cumplirse.

JACOBO ¡Todo lo explicas á tu favor!

PEREG. Pues explícate así tú los árboles recién plantados, la casa reformada, los molinos nuevos... y verás qué hermosos son para tí los Pazos de la Tarroeira.

JACOBO Tu voz me suena á verdad... Te quiero, Peregrina ¡Dímelo tú, dímelo!

PEREG. Pero antes, confiesa que tú quieres á los Pazos y que de ellos recibes el cariño que yo te doy... Que si me vieras en otro lado, sin la divina protección de la tierra, quizás ni reposaras en mí tus ojos, Jacobiño...

JACOBO ¡Pues lo diré también, como en la visión de Pastoriza!... ¡¡Sembradora de bienes, que tu amor para mí fecunde mis Pazos!!

ESCENA XIX

DICHOS: DON ROMUALDITO, por izquierda.

ROMUAL. Jacobo... don Jacobo de la Tarroeira... perdona mi intervención; Dios me inspira en este paso. Oyeme, como si la voz no fuera mía y fuera de quien es más que todos. A tu padre, al pobre don Endo, se le caen las lágrimas... (Jacobo, á cada párrafo de Romualdito, mira á Peregrina consultándola.)

PEREG. (A media voz, casi con mover los labios solamente.) ¡Te quiero!...

ROMUAL. No marches de aquí. Sé generoso, si algo has de perdonar, para que te perdonen á tí cuando llegue tu hora. No dejes la aflicción en tu casa, que la tuya es por cambiada que te parezca, y no habrá otra que valga tanto para tí. (Cogiéndole suplicante.) ¿Cedes, verdad?... ¿Me permites que sea yo quien anuncie la buena nueva?... ¿Sí? ¡¡Sí!! Mire, don Jacobo... Mira, Jacobito... la... el... no... *In domus tuam, cara est uxor, dulces liberi, jocundi amici...* (En tu casa es grata la esposa, dulces los hijos, gustosos los amigos.)

PEREG. ¡Te quiero!...

JACOBO Tiene usted razón, don Romualdito.

ROMUAL. (Alborozado.) ¿Lo comprendes?... ¡Milagro es, Jacobo! (Llamando muy gozoso.) ¡Don Endo!... ¡Por tan mísero conducto quiere el cielo otorgar la ventura á mis señores!... ¡Don Endo! ¡¡Don Endo!!

ESCENA XX

DICHOS: Todos por izquierda y derecha.

ROSENDO ¿Qué pasa?

ROMUAL. La divina gracia se ha posado en nuestro don Jacobo. ¡No se marcha!

JACOBO ¡No! (Jacobo y Rosendo se abrazan.)

ABAD Esto lo encuentro bien ¡porra!

ROMUAL. ¡Lo convencí, señor Abad, y en latín!

ABAD ¡Milagro, cura, milagro!

TONO (Abrazando á las que encuentra más cerca.) ¡Vivan los Pazos!

ROMUAL. Ya lo he dicho yo, sí, señor. Con el amparo celestial, encontré las palabras que llegan al alma.

ABAD ¿Cuáles son?

ROMUAL. *In domus tuan, cara est uxor...*

PEREG. Te quiero...

ABAD (Abrazando á Romualdito y mirando á Peregrina.) Es verdad, esas han sido y esas serán por

los siglos de los siglos. (Por foro, de derecha á izquierda, se suponen que pasan los pastores conduciendo el ganado; se oyen esquilas, campanas, voces...)

ROSENDO Mira, Jacobo, mira, y alégrate ya de nuevo y para siempre.

ABAD Mira bien, Jacobiño; mira con el alma más que con los ojos, porque esto que ves, con sol ó con nubes, con penas ó con alegrías, esto es la casa, esto es la tierra y esto es el amor con que ella te recibe.

PASTOR 1.º ¡¡Vota pra diante, Perla!!

PASTOR 2.º ¡¡Ou, Marelo, ou!!... (Siguen las voces.)

TELÓN

ADVERTENCIA.—La explicación de los latines, puesta entre paréntesis, está para conocimiento de los señores artistas y no se debe decir al público.

Precio: DOS pesetas

